

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1873 — TOMO XLI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 32. — N° 1,064.



EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA EN LA ESCUELA NORMAL. — Experimentos hechos en presencia de M. Thiers, en el laboratorio de MM. Deville y Debray.

SUMARIO.

Visita de M. Thiers al laboratorio de la Escuela normal; grabado. — De la miseria antigua y moderna. — Telegrafía eléctrica parisiense; grabados. — Revista de Paris. — Poesía. — Cartas inéditas de don Ventura de la Vega. — Exposición universal de Viena; grabados. — El Relé de Patrick. — Bellas Artes: Exposición de 1873 en Paris; grabado. — La diéa de un desdichado. — El almirante Rigault de Genouilly; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

Visita de M. Thiers

AL LABORATORIO DE LA ESCUELA NORMAL.

La comisión internacional del metro decidió que la fusión de la barra de platino-iridio destinada a la fabricación de los tipos métricos universales, tuviera lugar en Paris por los procedimientos de que son inventores MM. Sainte-Claire Deville y Debray. El primer acto de esta notable operación se ha realizado con cierta solemnidad, el martes 6 de mayo, en el laboratorio de la Escuela normal, y en presencia de M. Thiers y de los hombres más eminentes en ciencias.

En menos de una hora se ha visto a dos operadores fundir en un crisol de cal una masa de diez kilogramos de platino-iridio con el auxilio de dos sopletes que se introducen en la tapa del crisol, y armados cada uno de dos llaves, a fin de fijar con una admirable precisión la proporción del gas. Jamás la química ha empleado mayor simplicidad en las manipulaciones que están en uso en la industria la más importante.

En nuestro grabado representamos la operación en el momento en que M. Clement, preparador del laboratorio, levanta con cuidado el crisol, a fin de verter el metal fundido en una rielera que M. Debray sostiene con una barra.

El metal corre tranquilamente sin producir la menor chispa. El calor que despide es muy poco intenso, pero la luz es tan viva, que no puede fijarse la vista sobre el líquido sin emplear, como lo hizo el presidente de la República, un cristal de que se sirven los astrónomos para las observaciones del sol. Para las personas que pueden percibirle, tanta es la intensidad de la luz, que su color asemeja al de violeta.

El gas oxígeno, de que se ha consumido más de 2,000 litros, fué extraído del clorato de potasa que se hallaba encerrado en un gasómetro colocado en la cueva del laboratorio, y en comunicación con las dos cañuelas por un tubo de cauchuc. Los otros dos tubos conducían el gas de alumbrar que, quemado por el oxígeno candente, produjo un calor de 2,500 grados en el sitio más próximo a la llama. Esta temperatura, mucho mayor a la que puede elevarse en los mayores hornos, aun los mejor contruidos, es suficiente para que el platino pueda fundirse en el crisol de MM. Sainte-Claire Deville y Debray, como el plomo entre las manos de los obreros que están los canelones.

El iridio que entra en la barra en la proporción de una décima parte, es casi al platino, tanta es su pureza, como el platino mismo es al hierro. Para que empezara la fusión, pues la llama que producía la combustión del gas de alumbrar no era suficiente, fué necesario alimentar el tubo con el hidrógeno puro extraído del agua por medio del ácido y del zinc.

Esta operación preparatoria ha tenido lugar en un pequeño crisol también en cal que se encuentra al lado del presidente de la República, y que tiene también sus dos sopletes, aunque de dimensiones más pequeñas.

Una vez frío el metal que se vertió en el molde, fué transportado al ferro-carril del Este, en donde, después de forjado, se obtuvo una barra larga de una braza, gruesa como una moneda de un franco, y ancha de un decímetro. Después de sacar dos reglitas que tendrán la forma adoptada por la comisión internacional, estas servirán de comparación, y después tendrá efecto la fusión de otra barra de 200 kilogramos, es decir, veinte veces más pesada. De esta barra se sacarán las reglas internacionales que serán distribuidas a todos los Estados que fueron representados en la conferencia.

La fusión tendrá efecto dentro de cinco ó seis meses, con el auxilio de un crisol semejante al que se ha empleado el 6 de mayo, aunque de mayores dimensiones, y su cubierta no tendrá menos de seis sopletes parecidos a los de la última experiencia. En vez de hacer correr el metal en un molde, se limitarán a agitar la materia en fusión con barras en carbon, a fin de obtener una perfecta homogeneidad.

No es la primera vez que el presidente de la República visita el laboratorio de la Escuela normal, pues concurrió a él como simple trabajador durante muchos años. El profesor que le inició en la ciencia de Lavoisier es M. Mascart, actual profesor del Colegio de Francia. Los estudios del futuro presidente de la República tenían por objeto la redacción de una obra de

filosofía científica que los acontecimientos que sobrevinieron han interrumpido, aunque creemos no ha renunciado de un modo definitivo a continuar tan importantes trabajos.

M. Leverrier, que en aquella época daba también lecciones de astronomía a M. Thiers, ha asistido a la operación del 6 de mayo, y se hallaba colocado delante de un grupo de discípulos de la Escuela normal. M. Julio Simon, ministro de la Instrucción pública, está de pie, próximo a M. Debray. En cuanto a M. Sainte-Claire Deville, se le ve que vigila con atención, pero sin inquietarse, el resultado de la operación.

Detrás de M. Thiers se encuentra M. Teisserenc de Bort, ministro de Comercio; M. de Cisse, ministro de la Guerra; el general Morin, director del Conservatorio de Artes y Oficios; y M. Tresca, subdirector del mismo establecimiento.

En este laboratorio tuvieron principio los métodos de fusión y de preparación de platino creados por MM. Sainte-Claire Deville y Debray.

La gran operación del 6 de mayo, que ha inaugurado tan importantes trabajos, y a los cuales todas las naciones han tomado parte, es un homenaje rendido al talento de los dos distinguidos profesores, y al crédito de que ya goza el establecimiento de que forman parte.

W. DE F.

De la miseria antigua y moderna.

(Conclusion. — Véase el número 1,063).

El deber de sustentar a los indigentes era tan estricto y tan estrechamente unido al mismo culto, que se confundía con él en la celebración del mayor misterio de la fe.

La misa era una comunión del cristiano con sus hermanos uniéndose a Dios, y era un banquete fraterno al mismo tiempo que místico. Los nombres que conservan los puntos principales del antiguo sacrificio prueban que las obligaciones de la caridad se cumplían al mismo tiempo que la unión de la criatura con su autor. La misma iglesia, rodeada de vastos edificios para el servicio de los diáconos, era a la vez un almacén y un hospicio, y una casa para la oración. Las ofrendas en especie se recibían allí y se conservaban en depósito; pero la costumbre habitual, especialmente hasta fines del siglo VI, era la distribución de las limosnas a domicilio por los diáconos y sus delegados, bajo la suprema dirección del obispo. Los socorros hechos en el mismo domicilio del menesteroso fué consagrado por la Iglesia naciente, y permaneció siendo el modo de dar limosna más natural y el más verdadero de la caridad cristiana.

Los pobres hallaban en esa manera de dar limosnas una garantía de la santa discreción que siempre debe acompañar las buenas obras de beneficencia; y por otra parte el socorro hecho en el domicilio tiene además la ventaja de aliviar al desvalido, a la familia sin sacarle los colores al rostro, sin distraerle de sus ocupaciones; pone así al rico en comunicación con el pobre: el primero se halla asociado a todas las necesidades que alivia, y el reconocimiento del desgraciado llega a ser para aquel un origen de alegría y goce íntimo, que no ofrece la caridad colectiva ó hecha a distancia.

Sin embargo, ese método no fué exclusivo, y pronto cesó de ser dominante; pues luego que casi la totalidad de la sociedad romana llegó a abrazar el cristianismo, hubo que sustituir asilos públicos a los métodos ó formas fraternales con que se había hecho al principio la limosna.

El concilio de Nicea erigió en cada ciudad una casa hospitalaria con el nombre de *xenodochium*, asilo sostenido con las limosnas de los fieles y servido por eclesiásticos. Ese método no tardó en extenderse, y muy pronto los recursos puestos a la disposición de la Iglesia por la piedad de los fieles y por las concesiones de los emperadores le permitieron abrir asilos bien dotados para socorrer todas las miserias humanas.

Así se fueron edificando sucesivamente en todas las ciudades de la cristiandad y al lado de los *xenodochia* para la hospitalidad, los *nosocomia* para todos los enfermos, la *brephotropia* para los expósitos, la *orphnotropia* para los huérfanos, los *gerontocomia* para los ancianos, y los *paromonasia* para los obreros estropeados.

Sea cual fuere la forma en que se ejercía la caridad, ora se distribuyese en el domicilio de menesteroso, ora se diese a los asilos públicos alimentados por las limosnas y los donativos y mandas de los fieles, siempre emanaba del mismo principio, pues era enteramente religioso en su esencia y completamente voluntario en su aplicación. Tal fué el hecho nuevo con que el cristianismo dotó al mundo. A la beneficencia legal de las sociedades antiguas, y a la policía política ejercida soberanamente por el Estado sobre todos sus miembros, el cristianismo oponía un sistema, en virtud del cual cada uno estaba obligado, por su salvación, a socorrer los males de sus hermanos, en cuyo sistema se veía que los deberes para con el prójimo

estaban colocados en la misma línea que los deberes para con Dios.

Providencia legal y providencia religiosa, providencia de los pobres para el Estado y adopción de los pobres para la Iglesia, dependencia de las clases indigentes con respecto a las clases superiores, ó bien igualdad en Jesucristo entre el pobre que tiene un derecho religioso de disponer de lo superfluo del rico, y este sometido al estricto deber de disponer de ese superfluo con respecto al pobre: esos dos términos de la cuestión económica se hallaron establecidos tan pronto como tremoló la cruz sobre el Capitolio, y quedaron siendo los dos puntos, los dos polos hacia donde se dirigen las corrientes opuestas de nuestras aspiraciones contemporáneas. En la lucha empezada contra las olas crecientes de la avaricia y de la miseria, siempre se trata de saber si se tomará el punto de apoyo en la Iglesia ó en el Estado, en la conciencia ó en la administración, y si se tomará por base ó por tipo la *Anona* pagana ó la *agapa* cristiana.

III.

La edad media vió desarrollarse en la más vasta escala el principio de la caridad espontánea, llevándose a cabo sin la intervención del Estado y bajo la impulsión del deber religioso. El autor del *Problema de la Miseria*, que ha juzgado con tanto tino la antigüedad, y que encuentra toda su claridad de percepción cuando se pone a apreciar los hechos contemporáneos, no parece haber comprendido la grande época durante la cual el genio católico se ha dilatado con toda la fuerza de su savia. Ese autor pasa de corrida por un largo espacio de siglos llenos de milagros de la caridad cristiana, de modo que este vacío, que quita toda la armonía a su composición, es sin disputa el defecto capital de su obra.

M. Moreau pretende establecer que esa época fué a la vez un tiempo de miseria sin igual y una de inmoralidad sin ejemplo, apoyando esta tesis en una multitud de pequeños hechos excepcionales. Fundándose en ellos parece que se complace en recordar las frecuentes miserias, las enfermedades contagiosas y la multitud de desórdenes y de desastres que afligieron a los pueblos del siglo X al siglo XVI; establece que la especie humana rara vez fué más desgraciada que durante ese largo y turbulento período, y concluye que la caridad cristiana no ha tenido en esos tiempos los desarrollos fecundos y eficaces que se la atribuyen generalmente.

Eso es zanjar una cuestión por otra, é imputar con mucha injusticia a la manera como se hacía el gran deber de la caridad los males y privaciones que explica naturalmente el estado poco tranquilo de esas sociedades sin industria, sin comercio, sin comunicaciones regulares, y casi completamente desprovistas de administración y de policía en el sentido que se da hoy a estas expresiones. Los siglos de fe han sido siempre siglos de caridad, pues los prodigios de esta no están menos probados que los milagros de aquella. Y en efecto, no hay un dolor de cuerpo, no hay un sufrimiento de alma, desde el hambre hasta la locura, y desde el crimen hasta la desesperación, en cuyo favor no hayan instituido asilos las almas heroicas, y por los que no hayan prodigado su vida, su juventud y su fortuna. No hubo enfermedad por asquerosa que fuese, ni pobre vergonzante que no hayan sido cuidados con amor por esos seres puros como ángeles.

Si ese afecto, si esa abnegación fervorosa que multiplicaba la piedad en todas las condiciones como las arenas del mar y las estrellas del cielo, no podían entonces sacar a las masas de frecuentes miserias y espantosas extremidades de dolor, eso podrá probar que la organización de esas sociedades era incompleta, pero nunca probará nada contra el espíritu vivificante que las animaba. Si fuese posible combinar algún día la manera de hacer el bien y ejercer la caridad que se practicaba en el siglo XII con las condiciones del orden social del siglo XIX, en ese caso el problema de la miseria quedaría resuelto en cuanto puede serlo en este mundo.

La reforma cambió radicalmente la condición de los pobres, pues la confiscación del patrimonio de la Iglesia, que representaba, en la mayor parte de los Estados, la tercera parte cuando menos del terreno de cultivo, hizo caducar esa deuda, cuyo pago equivalía para las clases menesterosas a una participación directa y efectiva en la propiedad territorial. Esas inmensas riquezas pasaron de las manos de la Iglesia, que solo las poseía bajo la condición de conciencia de darlas a los pobres, pasaron, digo, a las manos del poder político que no hizo caso del destino especial que tenían, de modo que el presupuesto sagrado del desvalido fué confiscado por unos gobiernos sin fe y unas aristocracias sin entrañas. Nadie ignora los trastornos profundos que promovieron esos cambios de la mayor parte de los Estados reformados durante la última mitad del siglo XVI.

La supresión de las órdenes religiosas y de los conventos, la sustitución de un clero casado a un clero célibe, privaron a los pobres de sus asilos, de su pan cotidiano y de los socorros de toda clase a que tenían un derecho reconocido hasta entonces por toda la cristiandad, de modo que a poco tiempo muchos de los indigentes, vagabundos y frailes despojados inundaron la Inglaterra, la Alemania, la Suiza y el Norte de la Europa, poniendo en peligro la tranquilidad pública.

Se trató primeramente de contener el mal imponiendo penas atroces contra la mendicidad y contra los vagos; pero luego hubo que atacarlo en su origen por medio de un vasto sistema de caridad obligatoria en favor de las clases desheredadas por la revolución religiosa.

De ahí nació esa contribución para los pobres que llegó á ser la base de la legislación económica no tan solo en Inglaterra, sino en todos los Estados protestantes de Alemania, Suiza, Suecia, Dinamarca y Noruega.

Si cuando se trata de esa institución, la idea solo se detiene y se concreta á la Gran Bretaña, y en el estatuto famoso del año cuarenta y tres de Isabel, eso consiste en que en la Inglaterra la cotización de que se trata se desarrolló en otras proporciones que en el resto de la Europa, en razón de la situación particular de ese país, en donde las siete séptimas partes del territorio antes de la reforma eran la propiedad del clero católico, de los monasterios y de los establecimientos de caridad. La historia de la asistencia legal en los diferentes Estados europeos, bosquejada por los señores de Villeneuve y de Gerando, está presentada por el señor Moreau con la atención debida hasta nuestros días. Este escritor expone la cuota de los pobres en Inglaterra, en donde ascendió en 1832 hasta la suma de 200 millones de pesetas, monstruosa contribución percibida sobre catorce millones de hombres, de modo que, en ciertos condados, los que recibían esa contribución llegaban á ser mas ricos que los que la daban; en seguida describe la reacción promovida por una situación en la que el cultivo del terreno se hallaba abandonado en algunos puntos del país, y analiza las grandes medidas preventivas consagradas por el estatuto del 4 de agosto de 1834. En tiempo de Isabel se trató de contener y desterrar la mendicidad, marcando á los pobres que pedían limosna con un hierro caliente.

En tiempo de Guillermo IV se trató de contener la furia del pauperismo trasformando á los desgraciados en presidiarios, y haciéndoles sufrir mucha clase de tormentos. Los *Workhouses* fueron sustituidos por horcas, y se trató de reprimir la miseria echando mano á uno de los medios que mas injurian á la libertad y moralidad humanas.

Sin embargo, las costumbres no podían soportar semejantes leyes, de modo que la opinión pública, estimulada por la prensa, la tribuna, por el púlpito y los *meetings*, no tardaron en trasformar las leyes de los pobres, dejándolas tan solo una existencia nominal. El *Workhouse* perdió hoy su fisonomía terrible, y el régimen interior ya no causa horror á nadie, pues la gente se apresura á entrar en él. Así pues hubo que volver al antiguo método, es decir, al socorro hecho en el domicilio sin trabajar.

Doce años pasaron para romper esas leyes de hierro; de modo que despues de tantos gastos, tantos debates parlamentarios, y despues de colosales construcciones, la Inglaterra de 1852 se halla aun con los estatutos de Isabel.

No cabe duda que en ninguna parte de Europa la condición de los pobres es tan digna de lástima como en los Estados protestantes en donde el sistema de la asistencia legal se ha infiltrado en las costumbres. La Inglaterra es inconsecuente con ese deplorable principio; y así es que la caridad voluntaria se hace allí con muchísima liberalidad.

En donde se tocan las tristes consecuencias que han experimentado las masas populares á causa de las confiscaciones del siglo XVI, es en la pobre Irlanda. Volúmenes enteros se han escrito para resolver el problema del pauperismo irlandés. Los unos han discutido sobre la manera de cultivar ó la falta de capitales, los otros discutieron el sistema de los *middlemen*; pero se podía dar una explicación mucho mas sencilla á ese triste fenómeno, en la que *desgraciadamente parece que nadie ha pensado*. Si la Irlanda ha llegado á ser el escándalo y como el infierno de la Europa cristiana, eso consiste en que es el solo país en el que no hay unión alguna entre los ricos y los pobres, y el solo por consiguiente en donde no hay ningún deber reciproco entre la clase que posee y la que no posee. Pues bien; si suponemos que los pobres fuesen protestantes, ó los lores irlandeses católicos, en ese caso la situación del país sería otra sin introducir ningún elemento nuevo en su constitución económica.

Dos sistemas han dividido la Europa del siglo XVI acá. Los Estados reformados, dueños del patrimonio acumulado por la fe y la caridad de las generaciones anteriores, impusieron á la invasión de la miseria las contribuciones que se conocen; y los Estados católicos trataron de luchar contra esa miseria por medio de la caridad privada y por el producto de las dotaciones de origen religioso, á las que nunca se unieron los socorros del Estado sino á título puramente accesorio.

Y si no, preguntaremos nosotros ¿en dónde es mejor y mas dulce la posición de los pobres, en Londres ó en Roma, en Edimburgo ó en Nápoles, en Copenhague ó en Turin, en Berna ó en Madrid? ¿En dónde se ven los cuidados mas asiduos y fraternales? ¿Es acaso en la patria del *Treadmill* tal como nos lo manifiestan las sumarias que precedieron el *poor-law amendment act* en la ciudad en donde hay mil cofradías de inagotable caridad? Pero para qué cansarnos: la cuestión se halla zanjada por los mismos adversarios de la caridad católica; lo que estos reprochan á ésta no es el que falte á los pobres, sino mas bien la

causa de aumentar el número de ellos facilitándoles una existencia sin trabajo.

Para apreciar debidamente el valor de ese reproche, es preciso no perder de vista que esas costumbres de *farniente* y de vida perezosa imputadas al sistema de la limosna son las de unos pueblos exclusivamente meridionales, adormecidos, por decirlo así, por la dulzura de su clima, y que viven sin excitaciones y sin necesidades de los productos de una naturaleza fecunda.

Enviad si no al *lazzarone* napolitano y el bandido de la Calabria á oír el sermón ó la doctrina cristiana, hacedles cantar los salmos en vez de invocar á la Madonna, y pronto veremos que el primero no por eso dejará de dormir la siesta, y el otro preferirá su vida aventurera á la existencia ahumada del obrero del Birmingham. Es la molición del clima y no la de la creencia la que ha multiplicado los pobres en Italia, en España y en Portugal, y yo no puedo comprender la facilidad con que se ha dejado engañar sobre ese punto la opinión pública en Europa.

Desde la revolución francesa de 1789 acá, la mayor parte de los Estados católicos que entraron en el nuevo orden político se hallan, con respecto á instituciones de caridad ó beneficencia, en una situación intermedia é incierta que no puede durar mucho tiempo; pues si no han apagado la lámpara ardiente de la caridad cristiana espontánea, al menos las confiscaciones revolucionarias les han quitado y chupado, por decirlo así, el aceite que las alimentaba y daba vida. La asamblea constituyente reunió al patrimonio del Estado la inmensa riqueza del clero, bajo la condición formalmente expresada de subvenir al mantenimiento de los pobres, que era el objeto que se propusieron las almas caritativas que hicieron esas mandas.

La Convención acabó la obra de la confiscación apoderándose de los bienes de los hospicios; de modo que esas dos asambleas, al paso que paralizaban ó mas bien al paso que hacían estéril á la caridad en su mismo origen, proclamaron en materia de socorros unas máximas cuya aplicación hubiese bastado por sí sola para agotar toda la fortuna de la Francia. Derecho á la asistencia para todos los débiles y desvalidos, derecho al trabajo para todos los que se hallaban útiles, derecho á la enseñanza gratis en todos grados, socorros forzados para todos los niños, ancianos, enfermos, viudas, mujeres ó solteras-madres: tal fué el imposible programa proclamado por la revolución que tenía sobre sus espaldas la bancarota y la Europa.

El estado violento creado por los decretos del 19 de marzo y 28 de junio de 1793 fué modificado á la verdad por los gobiernos que siguieron, y bajo el directorio sabemos que los establecimientos de beneficencia recobraron una parte de sus propiedades. El nuevo patrimonio de los pobres, aumentado por considerables mandas de cincuenta años á esta parte, presenta en la actualidad un fondo respetable; pero ¿qué son estos recursos en presencia de las necesidades siempre en aumento? Muchas de las máximas proclamadas por nuestras asambleas revolucionarias han sido sancionadas por instituciones posteriores, al paso que la suavidad de nuestras costumbres ha sabido crear establecimientos muy útiles, que pertenecen á estos tiempos sin duda alguna, pero es incapaz de sostener su peso sin entrar en un sistema especial de medios y medidas convenientes.

Las exigencias y las invenciones de la filantropía administrativa no son de una aplicación posible sin imposiciones y adelantos de parte del ramo de hacienda, y así es que la situación pecuniaria ó de presupuesto de los departamentos, y de la mayor parte de las comunas, es tal, que apenas bastan para cubrir las necesidades presentes.

La Francia se halla pues colocada, bajo un concepto económico, en la alternativa de entrar incesantemente en las vías de la caridad legal y de la contribución obligatoria, ó bien tendrá que volver resueltamente á las tradiciones primitivas de la caridad organizada religiosamente. La cuestión está pendiente entre el sistema protestante, sus mas rigurosas aplicaciones, y entre la necesidad tal vez de volver á entrar en el sistema católico en sus olvidadas instituciones.

M. Moreau toma leal y resueltamente su partido en esa alternativa, y podemos decir que sus conclusiones no son por cierto la porción menos importante de su obra, pues propone la supresión inmediata de todos los hospicios, depósitos de mendicidad, y generalmente de todos los pequeños y grandes *Versalles de la miseria*, cuya confusión conventual y monumental ha hecho mucho daño á la moral, á la salud y á la fortuna públicas.

A todo eso sustituye una sola cosa, es decir, el socorro hecho á domicilio, esa perfección de la caridad cristiana que hace respirar al rico el santo olor de la miseria, socorro que proporciona el remedio al mal, que se da, se aumenta, se disminuye ó se suprime, ó cuando menos se modifica segun las circunstancias variables ó infinitas de la necesidad, método saludable y discreto en sus ofrendas, que casi tiene tan en cuenta la vergüenza y el rubor del desvalido como la misma pobreza que alivia al menesteroso sin arrebatársela á su familia. Una sola institución es la que le parece digna de manejar ese admirable instrumento de caridad con toda la fe y toda la abnegación que se necesita.

Esa institución es la de las *diaconías*, que es la obra de los siglos apostólicos y que salió de las entrañas de la Iglesia naciente. ¡Quiera el cielo que los hombres

estudien detenidamente una cuestión tan interesante, pues afecta á la vez el bienestar de la humanidad y las costumbres de los pueblos!

L. DE C.

Telegrafía eléctrica parisiense.

¡Cuántos parisienses instruidos é inteligentes ignoran todavía que los telégramas que reciben de provincia ó del extranjero se transmiten por vía subterránea de la oficina central del interior á la oficina del barrio! No hay noticia llegada en alas de la electricidad que no pase por las alcantarillas y circule en una canalización que se encuentra al lado de las cañerías del gas y de las aguas domésticas.

La telegrafía atmosférica de París circula exclusivamente por unos tubos de algunos centímetros de diámetro. Los despachos de París para París, que impropriamente se llaman eléctricos, no pasan jamás por un receptor ó por un manipulador: la presión atmosférica los empuja, del mismo modo que se opera la limpieza de los pozos por el sistema Richer.

*
**

La canalización de la telegrafía parisiense se compone de diez y seis tubos, cuya sección no pasa de dos ó tres decímetros, y que tiene cada uno un largo medio de 1,200 metros. Los diez y seis tubos colocados punta á punta están separados por diez y seis estaciones telegráficas. Las cajas cerradas que viajan en su interior tardan poco mas de un minuto en recorrerlos, y podrían ir mas de prisa si se aumentara la presión del aire que las empuja; pero la velocidad obtenida es suficiente. Si el diámetro de los tubos se hubiese hecho mayor, como se propuso inútilmente cuando su construcción, tendríamos hoy en todo París la posta instantánea; pero el imperio no quiso hacer el bien sino en pequeño, y á la República corresponde coronar el edificio subterráneo, dando á los tubos mayores proporciones.

*
**

La parte mas antigua de esta construcción es la que comenzó M. de Vougy, el último director de las líneas telegráficas en tiempo del imperio. Compónese de seis tubos que forman un exágono casi regular, formando el tronco del sistema. Este polígono tiene por primer punto la estación central, luego la calle Boissy-d'Anglas, el Gran Hotel, la plaza de la Bolsa, el Teatro Francés y la calle de Saints-Pères.

Cada cuarto de hora le recorren *trenes* que giran perpétuamente en el sentido de la tierra girando en torno del sol.

Constan estos *trenes* de una serie de cajas cilíndricas como wagones cerrados que podrían contener ratas y ratones, y en las que se ahogaría un Tom-Pouce.

Es pues, en realidad, un sistema análogo al del ferrocarril atmosférico que servía hace quince años entre París y San German, con la diferencia de que no hay ranura á lo largo del tubo, porque todo el tren entra en él.

Cierto es que hay una válvula, pero es de la misma talla que las cajas. En su interior la guarnecen unas correas que imitan la corola de una margarita: estas correas se apoyan en las paredes interiores del tubo para la presa de aire.

*
**

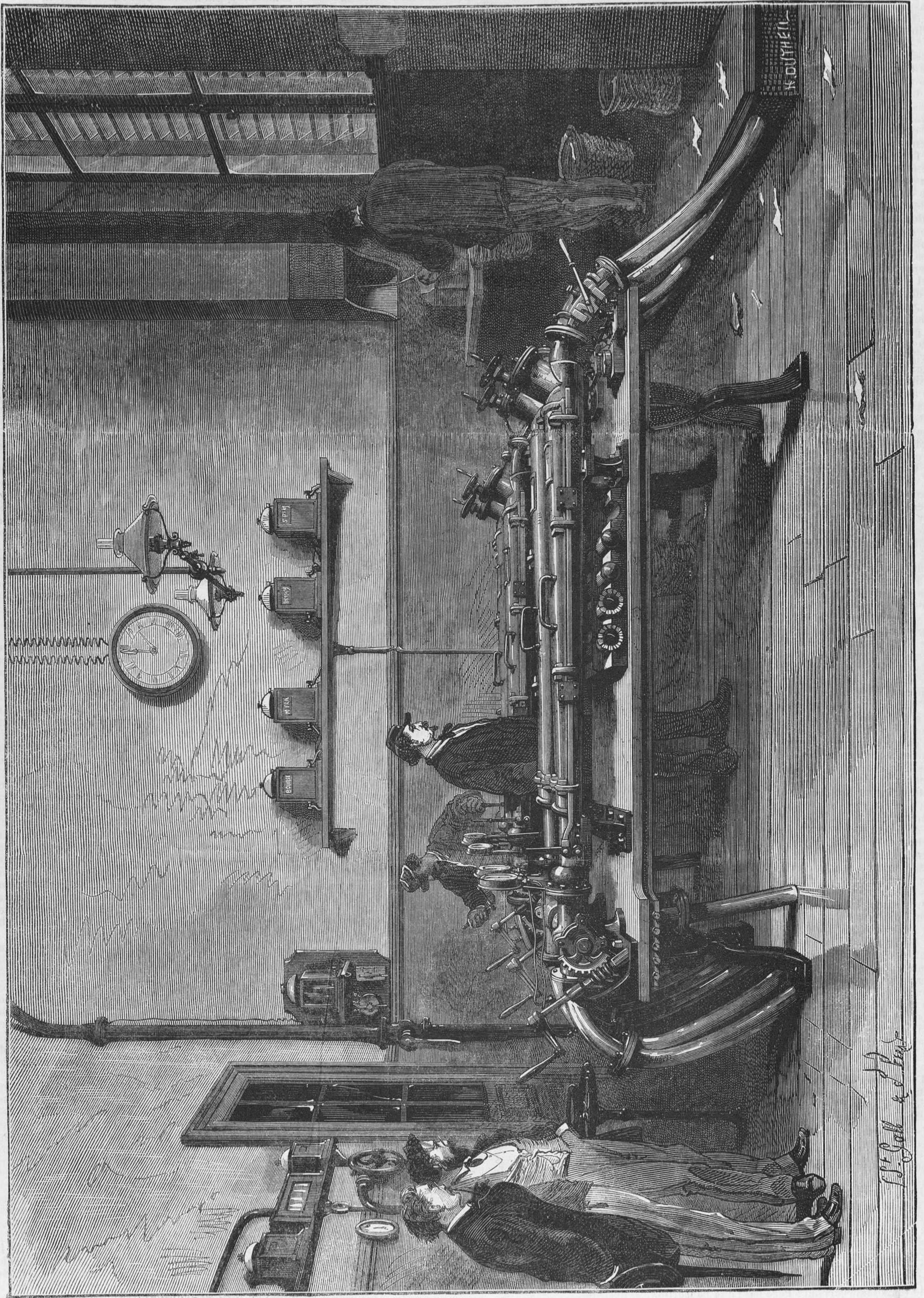
Del sistema central parten dos sistemas accesorios por la plaza de la Bolsa. El del Norte pasa por la oficina de la calle Lafayette, la estación del boulevard Rochechouart, la Gare del Norte y la calle Sainte-Cécile, en tanto que el del Este sirve las estaciones de la calle Saint-Jacques, Vieilles-Haudriettes, plazas del Chateau-d'Eau y de Saint-Denis.

Otros dos troncos aislados empalman en el sistema central y con las líneas solitarias de la calle de Halles, de la avenida de Marignan y de la plaza del Havre. Finalmente, la plaza de la Bolsa posee una línea extraordinaria de mas de dos kilómetros sin estaciones. Comprendiendo las paradas, la velocidad de los trenes es mas de una legua por cuarto de hora, por manera que en ningún caso se necesita mas de media hora para comunicar entre los dos puntos extremos.

*
**

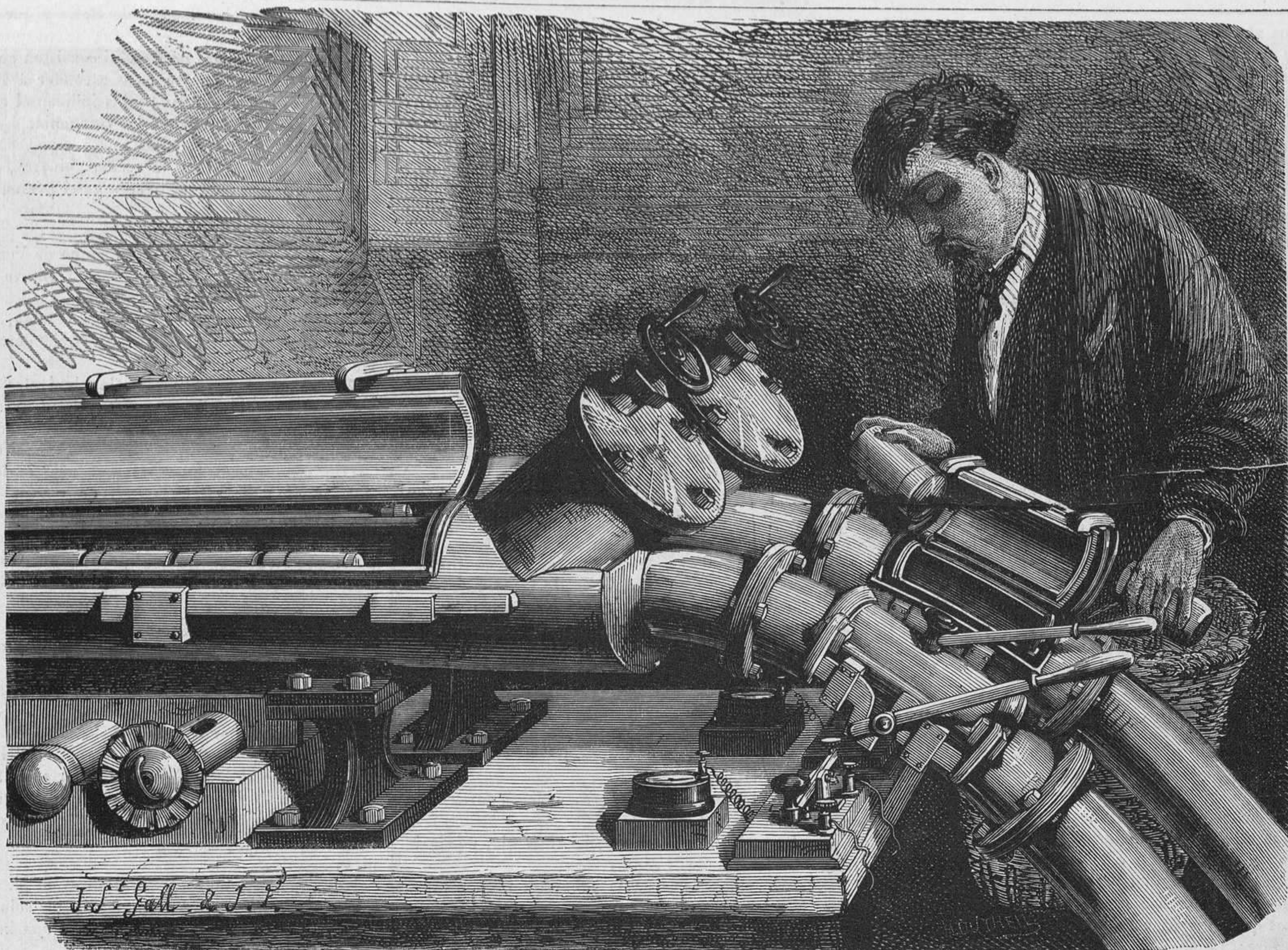
Tanto para el servicio de París como para el de la telegrafía departamental, no hay en la estación central mas de tres hombres, lo cual demuestra cuán sencillas son las manipulaciones.

Uno de ellos se dedica al movimiento de traer y llevar despachos á la sala del piso superior. El servicio de la electricidad comienza sobre nuestras cabezas. Es otro ramo del servicio que no está enlazado con el

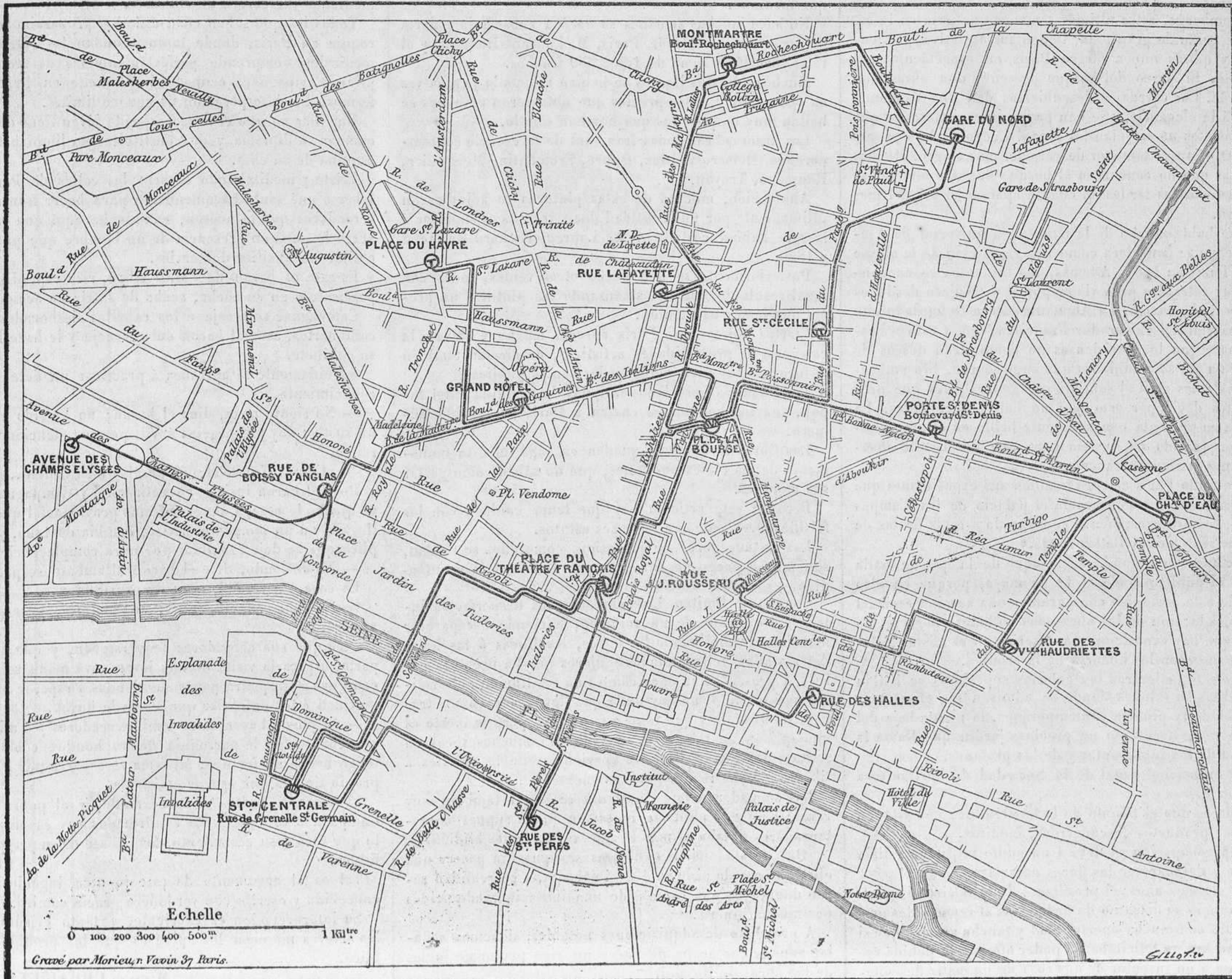


TELEGRAFÍA ATMOSFÉRICA DE PARIS. — Sala de recepción y de envío de los despachos á la administración central de las líneas telegráficas.

G. DUTHIEL



TELEGRAFÍA ATMOSFÉRICA DE PARIS. — Aparato de recepcion y de envío.



TELEGRAFÍA ATMOSFÉRICA DE PARIS. — Mapa de la red de Paris, indicando el trazado de las líneas formadas por medio de tubos subterráneos.

de los tubos atmosféricos, sino por dos garruchas, un cesto lleno de despachos y una cuerda.

Los tubos, que son cuatro, tienen una posición horizontal, y están colocados al lado unos de otros. Los cuatro tienen unos aparatos móviles que sirven para abrir la puerta por donde entran los trenes, y para abrir los fuelles que los lanzan hasta la estación en donde se dirigen.

Hemos representado la llegada del tren omnibus de la calle de Saint-Pères y la salida de un tren directo para la Bolsa, por manera que es fácil figurarse esa doble maniobra. El talento de los artistas nos dispensa de entrar en pormenores.

Unas campanillas eléctricas advierten á los operadores cuándo deben abrir ó cerrar las puertas.

El aspecto de los manómetros permite ver si no hay accidente en el camino. En este caso el aire llega rápidamente á un régimen normal. No se debe andar á una presión muy diferente de la ordinaria para obtener la velocidad que el servicio requiere. Los vientos de aspiración ó de rechazo lanzados en los tubos, no son quizás tan rápidos como los que soplan en algunas tempestades.

Así sucede que no se lanzan las cajas con una velocidad terrible como muchas personas se figuran, con lo cual no sería agradable recibirlas á brazos abiertos, sin contar con que las cajas, de construcción muy ligera, se destruirían pronto si los choques no se amortiguaran con resortes.

W. DE F.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

Comienzan en Paris seriamente los preparativos de viaje. En vano la temperatura advierte á los que se dirigen al campo que están expuestos á tener que pasar las tardes al lado de la chimenea en lugar de pasearse por los jardines, pues nos acercamos al mes de junio, y es imposible para los que figuran en ciertos círculos, dejarse ver por los bulevares. La moda lo exige así, y la moda es soberana, lo mismo en República, que en monarquía ó en imperio.

Sin embargo, estas últimas semanas que pasa en la capital la gente de gran tono, tienen sus atractivos particulares, y quizás nunca ofrece Paris un espectáculo mas brillante. El paseo del bosque presenta una animación inusitada. Los carruajes descubiertos dan una fisonomía nueva á la elegancia. ¡Se han pasado tantos meses en que los paseantes no se veían las caras! Luego el lujo propio de la estación es también de carácter mas alegre. Muchas personas que no concurren al bosque durante el frío, se reúnen todas las tardes en cuanto aparece el sol del mes de mayo.

No se habla mucho de la Exposición universal de Viena, porque se considera como una repetición de la que se vió en Paris en 1867. Además, los franceses se encuentran muy retraídos para viajar por el extranjero desde los sucesos de la guerra. La Alemania entera se ha dado cita en la capital del emperador Francisco José, y esto es bastante para que los parisienses no demuestren deseos de figurar en las solemnidades que se preparan. Sin embargo, señalamos aquí el sentimiento general, sin que pretendamos decir por esto que no habrá aficionados. La Francia se presenta con suficiente brillo en el gran concurso organizado en Austria para que falten allí absolutamente visitantes franceses.

Entre tanto Paris celebra también sus exposiciones que atraen numerosa concurrencia al palacio de los Campos Elíseos, templo permanente consagrado á estas fiestas de la industria y de las Bellas Artes.

Nada nos corresponde decir aquí de la que se halla abierta al público desde el 1º de mayo, porque en otro lugar de este periódico consagramos una sección especial á la reproducción de las obras mas notables; pero si diremos que hay exposiciones accesorias en el mismo palacio que merecen los honores de la crónica.

Con efecto, mientras las galerías superiores se hallan convertidas en salones donde se admiran las obras mas recientes de la pintura contemporánea, la planta baja del edificio se transforma en un precioso jardín que llama la atención de los inteligentes y de los profanos.

Es la exposición anual de la Sociedad de horticultura de Francia.

Sabido es que el triunfo de la horticultura consiste en presentar productos desconocidos, inéditos.

Esta preocupación se lleva á un punto tal, que se diría que van á desaparecer las flores naturales.

Hace algunos años, el presidente de la Sociedad, cuando pronunció su discurso de ordenanza al repartir los premios, dijo con mucha oportunidad y mucha gracia, que si es verdad que se felicitaba de poder otorgar la debida recompensa á un inventor de una rosa de un matiz descono-

cido, suplicaba al mismo tiempo á los horticultores que no desdeñasen tanto la rosa «de color de rosa», que apenas aparecía ya en las exposiciones.

Seguramente, una rosa azulada podrá ser una maravilla ó un fenómeno de vegetación; pero no es de desear por esto que la reina de las flores pierda su color magnífico entre todos.

Como de costumbre, pues, la exposición actual reúne una gran cantidad de estos productos raros; y puesto que hablamos de rosas, diremos que se cuentan en ella hasta cuarenta variedades, todas nuevas y todas desconocidas.

Cada una tiene, naturalmente, un nombre nuevo, por lo regular de personajes políticos; y naturalmente, también M. Thiers figura en primera línea.

Lo mismo poco menos que en las colecciones de rosas, sucede en las de otras flores, pensamientos, heliotropos, tulipanes, etc., etc., todo son novedades que admiran sobremanera los horticultores.

En cuanto á plantas, las hay exóticas de una apariencia bellísima.

Aquí está la América, allí el Africa; aquí la soberbia palmera, allí el plátano y el cocotero.

Por último, se ven también verduras y frutas, que, no obstante el mal tiempo, constituyen otras tantas muestras de una producción verdaderamente sorprendente.

Nada mas agradable que un paseo por este jardín improvisado, como entreacto al exámen de las obras artísticas.

Los visitantes son muy numerosos, porque, como ya hemos tenido ocasión de decirlo, en Paris se nota en el día un verdadero furor por las pinturas y demás obras de arte.

No hay mas que consultar las ventas de cuadros que se hacen continuamente en el hotel Drouot, para convencerse de que nunca se ha dado en Paris tanto valor á las pinturas antiguas y modernas.

Los aficionados del mundo entero acuden á surtirse en estas almonedas artísticas.

Vienen de Inglaterra, de Rusia, de Alemania, y principalmente de los Estados Unidos.

Cuando un cuadro toma en la subasta un valor exorbitante, ya puede decirse que disputa su adquisición algún comprador norte-americano.

Y se despacha todo, superior, bueno y mediano; casi podríamos añadir que se vende también lo que es menos que mediano.

No hace muchas semanas se sacó á subasta la galería de un célebre sastre de Paris, M. Laurent-Richard, y el total alcanzó la suma de 1.392,550 francos.

Muchos de estos lienzos se habían rematado ya una vez en 1868 y 1870, y los precios que obtuvieron entonces se hallan muy lejos de los que hoy han tenido.

Los autores eran todos franceses de la escuela contemporánea, Delacroix, Diaz, Dupré, Fromentin, Meissonier, Rousseau, Troyon, etc.

Ahora bien, muchas de estas pinturas se adjudicaron últimamente por una cantidad dos y tres veces superior á lo que habían costado á M. Laurent-Richard en 1868 y 1870.

Posteriormente se han hecho otras ventas, todas con igual resultado, esto es, alcanzando las pinturas un precio que jamás han tenido.

Ciertos objetos que Paris aprecia mucho y eleva á la categoría de preciosidades artísticas, despiertan también el furor de los aficionados en las ventas públicas.

Tales son las porcelanas antiguas de la China y del Japon, que los holandeses envían á Paris en crecido número.

Los libros raros no se quedan en zaga en esta monomanía de las clases pudientes, que no saben cómo gastar sus riquezas.

Pero en este artículo hay que tener cuidado con los falsificadores, que son hombres astutos.

Los restauradores de profesión, como ellos se llaman, son muy capaces de dar gato por liebre al mas entendido.

Cuando se limitan á recomponer los desperfectos internos ó externos de un volumen, haciendo desaparecer manchas, reemplazando las letras, las líneas ó las hojas deterioradas, rellenando los agujeros que ha hecho la polilla, y presentan su obra como una restitución del original casi perdido, no hay duda que llevan á cabo un trabajo interesante y que tiene su mérito; pero lo cierto es que aplican su talento ó su industria muchas veces en sentido contrario, y dan las apariencias de la vetustez á libros de fecha reciente relativamente.

Las encuadernaciones antiguas se pagan también muy caras; y en este punto la imitación de los supuestos restauradores desafía al mas atento exámen de los bibliófilos.

¡Qué de aficionados opulentos se figurarán poseer una obra antigua de pintura ó de imprenta, y en realidad serán dueños de una copia ó de una imitación, adquiridas por mucho dinero!

A propósito de adquisiciones notables, debemos señalar aquí la que acaba de hacer un rico personaje inglés de las obras de Rossini,

Es noticia que ha llegado de Italia y que reproducen los diarios franceses.

Las obras póstumas de Rossini consisten en un crecido número de piezas, que se hace ascender á 150, escritas para piano, y que por sus títulos indican el estado moral del célebre maestro cuando las componía.

Citaremos algunas de ellas:

«El amor en Pekin ó la escala china», muestra del antiguo régimen y de mi tiempo y del porvenir: sinfonía á la moda de Offenbach.»

«La corona de Italia», tocata.

«La Regata veneciana, y la Laguna de Venecia», piezas dedicadas á la ciudad en donde obtuvo Rossini sus primeros triunfos.

«La Noche de Navidad, Adios á la vida, Wals lúgubre» que, segun dice la noticia, hacia derramar lágrimas cuando lo tocaba Rossini.

En dos album se encuentran las siguientes: «Las cuatro frutas secas: 1ª Los higos: Aquí estoy, señora; 2ª Las almendras: Son las doce; Buenas noches, señora; 2ª Las avellanas: A mi perrita; 4ª Las pasas, á mi cotorra.»

¿Qué uso piensa hacer el personaje inglés de estas obras póstumas? Esto es lo que ignoramos.

Quizás haga lo que la viuda del ilustre maestro, guardar preciosamente estas composiciones, como el avaro guarda sus tesoros, aun á riesgo de perderlos.

Los teatros de Paris comienzan á resentirse de las influencias del verano.

Hé aquí que nos encontramos ya sin obras nuevas.

Únicamente algunos empresarios de los que necesitan apelar á grandes recursos para conjurar sus apuros permanentes, forman excepción á la regla general, y ofrecen en la temporada en que entramos alguna novedad, siempre de escasa importancia.

Por ejemplo, el nuevo teatro llamado del Renacimiento, construido al lado del de la Puerta de San Martín, quemado en tiempo de la Commune, y que aun no ha salido de sus cenizas, trabaja con afán para excitar la curiosidad pública, y con este fin ha dado esta semana una pieza inédita.

Es un bonito estudio de costumbres de M. J. Petit, titulado *el Cliente de Campagnac*, en un solo acto, pero cuya idea daría materia seguramente á una intriga de mayores proporciones.

El autor nos pinta las miserias de un joven doctor en medicina que carece de clientela.

Todos los que saben cuán difícil es proporcionarse parroquia en Paris, donde tanto abundan las celebridades medicas, comprende perfectamente las desgracias del joven Campagnac, ocupado inútilmente en buscar enfermos. Su desesperación no conoce límites.

Hay días en que el descorazonado joven tiene deseos de quemar su diploma y de constituirse en limpiabotas á la esquina de su casa.

Triste y meditabundo recorre las calles de Paris, sin saber á qué santo encomendarse para hacer frente á los acreedores que le acosan, cuando he aquí que un feliz acaso le pone en presencia de un hombre que puede necesitar sus auxilios doctorales.

Es este el baron de Saint-Alban, rico capitalista, que paseándose en su coche, acaba de sufrir un accidente.

Campagnac se arroja á los caballos desbocados, logra contenerlos, saca al baron del carruaje y le hace llevar á su gabinete.

Seguidamente se apresura á practicar un detenido reconocimiento.

— No siento nada, dice el baron; no ha sido mas que un susto: doy mil gracias á Vd. por sus atenciones, y me retiro.

— ¡Cómo! No, señor, es preciso un exámen...

Pero el baron insiste en retirarse; y Campagnac, que ve que se le escapa aquel enfermo providencial que habia llegado en un momento crítico, cambia de tono, y le suplica que se deje examinar por pura complacencia.

— No entiendo, dice el baron altamente sorprendido. La cosa, en verdad, necesita explicaciones.

Campagnac cuenta, pues, su historia, y señala sus apuros.

Dice que sus acreedores le persiguen, y que por otra parte, espera la visita de una joven cuya mano solicita, y con cuyo dote podrá pagar sus deudas y esperar con tranquilidad á los enfermos que ahora le huyen.

— Si puedo hacer creer á mis acreedores y á mi futura que cuento con la parroquia de un hombre como usted, tengo hecha mi fortuna. Mi fama se esparce por Paris, al propio tiempo que aseguro mi boda.

El baron de Saint-Alban se rinde, y el pobre doctor Campagnac ve de repente confirmadas sus esperanzas en lo que toca á su casamiento, firme base de su prosperidad futura.

Tal es el argumento de este juguete, ingeniosamente concebido y escrito con verdadera gracia cómica.

Su interpretación es excelente, y tanto el autor como los actores merecen los aplausos que les prodiga el público.

MARIANO URRABIETA,

Poesía.

LA VIOLETA.

¿Por qué siempre tan triste
La pura frente inclinas,
Cuando el aura te ofrece
Su virginal sonrisa?

¿Por qué jamás te elevas
Siendo una flor tan linda,
Y en tu modestia encantas
A quien te ve prodigas?

El aire que te mece
Tu perfume suspira,
Y con delirio insano
Te besa y te acaricia.

Los cándidos amores
En tu corola brillan,
Y el sol con luces bellas
Tus hojas ilumina.

Las aves revolando
En torno tuyo giran,
Y entonan dulces cantos
Que el corazón hechizan.

Las perlas de la aurora
Llegan á tí propicias,
Y luego las disuelven
Las amorosas brisas.

Parece que te gozas
En tus mismas delicias
Y duermes sosegada
El sueño de la dicha.

Al corazón que llora
Esperanzas perdidas,
Tú le hablas de consuelo
Con tu belleza esquiva.

¡Ah! si en feliz instante
Hallara, flor divina,
La que ha de hacer dichosas
Las horas de mi vida;

Que sea como tú eres
Tan pura y tan modesta,
Y como tú modesta,
Y como tú sencilla.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

Cartas inéditas

DE

DON VENTURA DE LA VEGA.

(Continuación.—Véase el N.º 4,063).

Campos y los demás soltaron la risa, y yo me levanté y di un abrazo á mi antiguo compañero de travesuras, en quien reconocí perfectamente á un chico llamado Bistéggi, que se distinguía entre todos nosotros por ser el único que iba vestido con su uniforme de cadete. El me dió también una porción de abrazos, me miró con atención, y reconoció en mí á su antiguo camarada del año 23, sin más que quitarme los pelos de la cara y ponérmelos en la cabeza.

Te aseguro que tuve un rato de gran placer, y que aquel encuentro me rejuveneció.

Toda la noche la pasamos hablando de aquel tiempo, recordando cuando íbamos á la Fontana de Oro á oír hablar á los oradores, otras veces á cantarle el trágala á algún servilón, y después la rabia con que vimos entrar á los franceses el 23 de mayo, y la pena que tuvimos cuando ahorcaron á Riego. El me recordó cuando entrábamos en el café y reuníamos los cuartos que llevábamos entre todos á ver si alcanzaban

para refrescar. En fin, de todo se acordaba; y en estos coloquios nos dieron las doce de la noche, y nos separamos, quedando en vernos y comer juntos el lunes. ¡Mira qué encuentro tan raro después de treinta años!

Hoy por la mañana dispusimos ir á Greenwich, que es un pueblo distante 5 millas de aquí (legua y tres cuartos), donde está el famoso hospital de los inválidos de la marina. Echamos á andar en el coche, y antes de salir de Londres pasamos por delante de la iglesia católica que sirve de catedral: nos apeamos y entramos á verla. Te aseguro que aun estoy conmovido de lo que allí ví. Estos ingleses tan ilustrados, tan grandes, con instituciones tan liberales, son intolerantísimos en punto á religión, y la población católica es aquí casi una raza proscrita. El culto protestante está sostenido con lujo por el Estado; sus curas viven en la abundancia, y las iglesias católicas no se sostienen más que de la limosna de los fieles, y como estos son casi en su totalidad la gente más pobre, los templos lo son también. La catedral tiene menos lujo que la iglesia del pueblo más pobre de España. Cuando entramos Campos, Sorela y yo, estaban bautizando á una porción de niños, pero ¡qué pobrecitos todos! Había muchos bancos llenos de niños que van todos los domingos á que el cura desde un púlpito les explique la doctrina cristiana, también pobres todos, algunos de ellos descalzos de pié y pierna. El resto de la iglesia lleno de gente, todos de rodillas, todos con una devoción, con una fe verdadera. Y los curas ¡qué aire tan patriarcal, tan evangélico! Al ver esto, al ver por primera vez desde que estoy en Londres los altares, el crucifijo, la imagen de la Virgen, los ornamentos católicos, todos los atributos, en fin, de la religión en que he nacido, te digo que me sentí conmovido y que me salieron las lágrimas á los ojos. Los tres nos dirigimos al cura y le dimos cada uno una libra esterlina (3 duros) para que lo repartiera entre las más pobres de las madres que estaban allí haciendo bautizar á sus hijos. El pobre cura, que era un vicjecito, no sabía cómo agradecernos aquella limosna, y nos llevó á ver la sacristía, donde nos enseñó las alhajas, que estaban guardadas en un armario y consistían en dos candeleros de plata y algunas frioleras así. Figúrate qué han de tener cuando no viven sino de las limosnas de los fieles, y ya te he explicado quiénes son estos; pobres jornaleros y artesanos que se lo quitan del sustento (y su sustento son patatas), para sostener su iglesia. Te aseguro que aquí es donde se ven los verdaderos católicos, y aquí donde sienten una verdadera devoción.

Seguimos nuestro paseo á Greenwich, y vimos el hospital, que es un suntuoso palacio, donde están recogidos los marinos retirados del servicio por su edad. Tiene cada uno su cuarto con su cama de hierro y sus muebles; hay jardines, una galería de cuadros que representan los combates navales más célebres y los retratos de los almirantes; allí está, entre cristales, la casaca que Nelson tenía puesta en el combate de Trafalgar, con el agujero hecho por la bala española que le mató. Después de visto todo, nos volvimos á Londres á comer, y esta noche, como no hay donde ir, la hemos pasado en casa, haciendo rodar un sombrero y luego una mesa por medio del magnetismo que se les comunica poniendo encima las manos. ¿No ha llegado á Madrid la noticia de este fenómeno?

Adios, vida mía, me voy á acostar con la esperanza de recibir cuando me levante carta tuya.

Lunes 27.

Se cumplió mi esperanza, Manuela mía: he recibido hoy la tuya del 20 con placer, ante todas cosas, de saber que estais todos buenos y ya instalados en la nueva casa. ¿Con que dices que ahora te parece aun mejor que antes? No sabes cuánto me alegro; porque yo estaba temiendo que después de mudados la hallárais alguna maca, cuando ya no tenía fácil remedio. ¿Y qué tal la obra hecha en la alcoba principal para colocar mi cama? Y el comedor ¿qué parece después de estar allí la mesa y demás muebles? ¿Dónde se han aposentado por fin los dos señoritos?... Pero no; tienes razón, no me digas nada, que quiero reservarme esta agradable sorpresa para cuando vuelva: no contestes, pues, á mis preguntas. También yo callaré las cositas que os he de llevar, y así os sorprenderé enseñándooslas una por una, muy despacio, y haciéndolas desear, como sabes que me gusta. ¡Qué atareada habrás estado, vida mía; pero al mismo tiempo qué en tus glorias dirigiendo la mudanza, colocando trastos!... ¿Y mis pobres libros? ¡Dios me los haya conservado!

Te quejabas de que tengo muchos... Si hubieras estado hoy conmigo en el Museo Británico, que aun no había ido á visitar, y hubieras visto allí una biblioteca que ocupa no sé si doce ó catorce salones, cada uno como el de los bailes de Oriente, donde hay ¡un millón y seiscientos mil libros!!

Otro departamento es un gabinete de historia natural; otro de antigüedades, donde hay esculturas desenterradas en Babilonia y en Ninive del tiempo del Antiguo Testamento.

Todo esto se halla reunido en un gran palacio de piedra, que asusta por sus dimensiones.

En ver esta curiosidad he empleado hoy la mañana. He comido con mi antiguo camarada Bistéggi, y por la noche hemos ido á ver el *Box*, que es una sala

grande rodeada de escaños para los espectadores, y en medio un tablado cuadrado con barandilla, donde suben dos ingleses á *boxear*, esto es, á pelearse á puñetazos, que es la manera de batirse aquí el pueblo bajo; pero en esta sala lo hacen llevando en las manos unos guantes de ante enormes muy rellenos de lana, de modo que no pueden hacerse daño y se ve la habilidad; es una especie de sala de esgrima; sin embargo, se ponen la cara como un tomate. Es una barbaridad; pero he querido ir para que no me quede nada que ver.

Martes 28.

Acabo de tener un alegrón muy inesperado, Manuela mía, recibiendo hoy carta tuya del 22, con la que me incluyes de San Luis. El no sabía al escribirmela que yo estaba en Londres, y me hace encargos que no podré cumplir hasta que vuelva á París. Mañana le contestaré.

No dudo que R. contestaría bien en su exámen; pero también creo que Corral tendría preparado el campo en su favor, porque sé que es amigo de los examinadores, y que todos le tienen mucho respeto y deferencia.

Lo mismo sucederá con V., que ha debido, según me dices, haberse examinado anteaer. Si hubiera telegrafo eléctrico entre Madrid y Londres, ya sabría yo á estas horas cómo había salido. Ayer por la mañana llegó á París la duquesa de Alba: á los diez minutos se sabía aquí, y á la media hora corría la noticia impresa en los periódicos.

No me detendré cuando vuelva, en ninguna posada, Manuela mía; sino al contrario, desearé volar y verme cuanto antes en mi casa contigo y con mis hijos, que es lo que más quiero en este mundo, y lo que me gusta más que Londres y París: cada día os echo más de menos, y es mucho el desconsuelo que me causa este aislamiento en que estoy.

Quedo enterado de lo que me dices de los candelabros para las tres rinconeras; y de lo del velador de mi despacho, ya te diré cómo ha de ser este.

Los nombres acabados en *of* y en *graf* que leiais al trasluz, son nombres de pintores antiguos que vienen en una lista que me envía San Luis de cuadros que hay de venta en una galería de París, de los cuales quiere que Grimaldi le compre algunos. En su carta me pide que le dé noticias políticas de por acá, y me cuenta la modificación ministerial, con reflexiones que me hace sobre lo poco duradero que cree sea el actual ministerio.

Si esto es así, como lo creo, veremos si Pastor hace algo por nosotros antes de dejar el puesto.

Dale muchas memorias á Ramon Luna, y á Adelaida.

Londres, miércoles 28 de junio de 1853.

Ayer, después de recibir tu carta, cerré la mía, y la eché al correo: en ella te respondía á todo. Un rato después tuve una visita: ¿quién dirás que fué? Basilio Basili, que no sabía yo que estaba aquí, y según me dijo, vino el día después que yo. No sé si te escribí que le había visto en París. El motivo de su viaje, lo ignoro: él siempre tan misterioso. Dice que tiene ocupaciones, pero no sé cuáles; yo presumo que será componer alguna ópera y tratar de que se la canten. Estuvo mucho rato conmigo: le convidamos á comer, y á las seis vino: comimos juntos, y después se marchó porque dijo que tenía que hacer. Le pregunté por Teodora y me dijo que no sabía si vendría á París este verano.

Nosotros nos fuimos luego á un diorama que representa todas las batallas de Napoleón, y allí estuvimos hasta las once, hora en que nos vinimos á acostar.

Las *Memorias* tienen que ir cada vez á menos, porque es poco lo que nos queda que ver. Aun nos falta, sin embargo, la gran fábrica de cerveza, los diques y la banca: no sé si hoy iremos á ver algo. Ahora me acabo de afeitarme y vestir, y aprovecho este ratito, Manuela mía, hasta que me llamen á almorzar, para irte dando cuenta de lo que hago día por día.

Son las once de la noche y acabo de entrar en casa: voy á contarte lo que he visto hoy.

Esta mañana nos vinieron á avisar que hoy era la exposición de flores en *Regent's-Park* (Parque del Regente) y fuimos á verla.

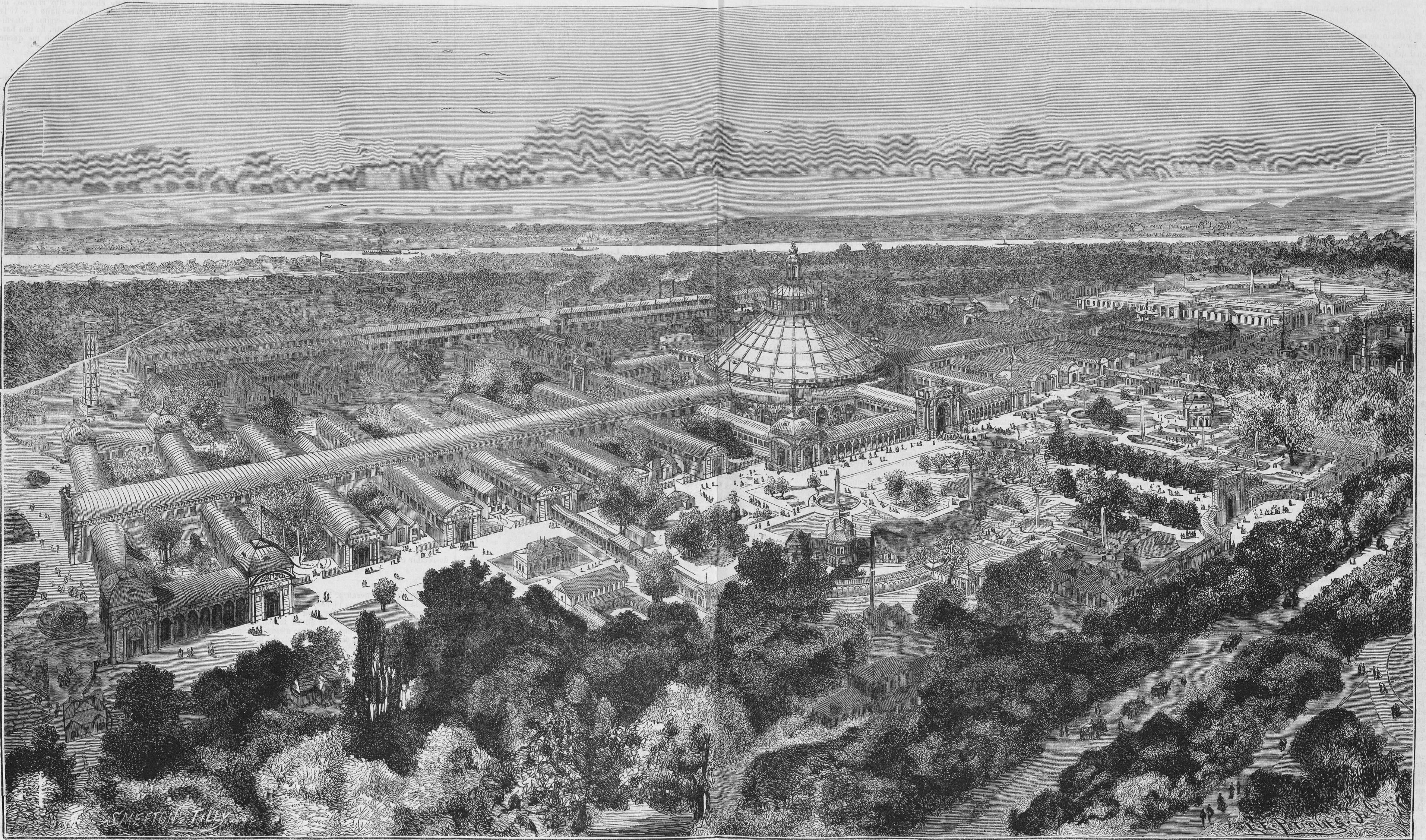
En aquel parque inmenso, de que ya te he hablado, había levantadas varias tiendas de campaña muy largas, y dentro de ellas hileras de macetas de flores de cuantas clases puede haber en el mundo: estas macetas las envían de todas partes de Inglaterra, y la mejor de cada clase se lleva el premio. Otra tienda está destinada á todo género de frutas.

Excuso ponderarte el inmenso gentío que llenaba el parque: en la pradera había sillas para que las señoras se sentaran, y allí estaba toda la buena sociedad de Londres: las filas de coches que estaban fuera de la verja del parque se perdían de vista. Todo aquí, Manuela mía, todo es grande, colosal: los coches por miles, las calles por leguas, las casas palacios.

Esta noche hemos ido á ver unos *cafres*, salvajes del Cabo de Buena Esperanza, que ha traído aquí un especulador y con los cuales da un espectáculo.

(Se continuará.)

EXPOSICION UNIVERSAL DE VIENA



VISTA GENERAL DEL PALACIO.

Exposicion universal de Viena.

VISTA GENERAL DEL PALACIO.

El palacio de la Exposicion está situada al nordeste de Viena, en la gran isla que forman el Danubio y el canal del Danubio, y que encierra el Augarten, la Brigittenau, el arrabal de Léopoldstadt y el célebre paseo del Prater. La Brigittenau y el Augarten ocupan una de las extremidades de esta isla, el Prater la otra, y el arrabal de Léopoldstadt el centro.

El Augarten es un vasto jardin tan correcto como monótono que el emperador José II abrió al público en 1775. Una bonita avenida que lleva el mismo nombre conduce á este jardin, siguiendo el arrabal de Léopoldstadt.

Este arrabal tiene por límite, por el lado opuesto, el canal del Danubio, que le envuelve en uno de sus pliegues. De los cinco puentes que le ponen en comunicacion con la ciudad, dos desembocan, el uno, el Maria-Theresiabücke, sobre los límites del Alsergrund y del Innerstadt (centro de la ciudad); y el otro, el Aspernbrücke, sobre los confines de la misma ciudad, y del Landstrasse. Estos dos puentes están situados enfrente de los dos extremos del arco (el Schottenring y el Stubenring) que forma la magnífica línea de los bulevares que rodea la ciudad y en donde se hallaban las fortificaciones que fueron demolidas de órden del emperador actual. Entre ambos puentes se encuentran el Ferdinandsbrücke, cuyo arco central es de piedra, y el Carlsbrücke, que es de madera, y por donde está prohibida la circulacion de carruajes. El quinto de que se trata, el Franzensbrücke, está situado al extremo del Landstrasse, que une á la Franzensbrückstrasse, y separa de este lado Léopoldstadt del Prater, y que une al Praterstern, en donde llega el Augartenstrasse, que acabamos de citar.

En esta plazuela, que tiene la forma circular, empieza el Prater, que data de la segunda mitad del siglo XVIII, y que fué creado por el emperador José II. Una gran avenida (Hauptallee) divide el Prater en dos partes casi iguales: el Prater superior y el inferior. Esta avenida tiene tres paseos con árboles destinados: el del centro á los carruajes, el de la derecha á los jinetes, y el de la izquierda á los que pasean á pié. A este sitio concurre todo lo que encierra de mas elegante la capital, y que hace recordar en ciertas horas los lagos del bosque de Boulogne de Paris. La Hauptallee tiene de largo mas de una legua, y conduce á una fonda muy concurrida en la buena estacion, el Lusthaus, que linda con el Danubio inferior.

El Wurstel-Prater es otro paseo muy frecuentado por el pueblo, y en donde abundan espectáculos públicos, cafés y fondas. La cantidad de viveres que se consumen en este sitio parece increíble. «Particularmente en Prater, escribía en su tiempo madama de Stael, sorprende el bienestar y la prosperidad del pueblo de Viena. Esta ciudad tiene la reputacion de consumir en su manutencion mas que otra poblacion de igual vecindario; y esta superioridad, aunque algo vulgar, es incontestable, pues se ven familias de la clase media y de artesanos salir de sus casas á las cinco de la tarde para trasladarse al Prater á celebrar sus fiestas campestres.» Pues bien, las costumbres de los habitantes de Viena no han cambiado desde entonces.

El Wurstelprater ocupa la extremidad del Prater superior, que confina con la plaza circular del Praterstern, y de donde parte el Hauptallee. En el Prater superior se halla establecido el palacio de la Exposicion.

El terreno que ocupa la Exposicion (parque, palacio con sus dependencias) linda por dos lados por el Danubio, el Hauptallee, la avenida aristocrática de que acabamos de hablar, y la Ausstellungsallee (avenida de la Exposicion), y tiene de extension 2.330,631 metros cuadrados. Se entra en este inmenso recinto por ocho puertas, estando situada la principal, la de honor, sobre el Hauptallee. La grande entrada lateral se encuentra en medio del Ausstellungsallee; y en cuanto á las demás entradas secundarias, se hallan diseminadas sobre todo su circuito. Dos líneas de tramway sirven para poner en comunicacion con todos los distritos de la ciudad que van á reunirse, una por Sofienbrücke y el paseo de circunvalacion al Hauptallee, y el otro por el Aspernbrücke y el Praterstrasse á la extremidad del Ausstellungsallee, y delante de una entrada que conduce á la galeria de máquinas y de una estacion de coches. Enfrente de la grande entrada principal de la Exposicion se ha colocado otra estacion de carruajes.

Penetremos ahora por esta puerta.

Desde este punto se percibe la gran entrada del palacio que domina la cúpula de la rotonda. El espacio que existe entre estas dos entradas está separado del parque, á derecha é izquierda, por corredores cubiertos que se unen á las galerias laterales del palacio, de que forma, por decirlo así, el patio principal, y que están separados por bonitos parterres adornados con surtidores. Aquí se encuentran los edificios de la Direccion general y de diversos servicios, y además, el pabellon del Emperador y del Jurado, que miran á la fachada del palacio. Este se compone de una gran galeria de 900 metros que divide transversalmente

diez y seis galerias pequeñas. Una gigantesca rotonda de que ya hemos hablado varias veces ocupa el centro de la gran galeria. En esta rotonda, que es obra de M. Scott Russell, el arquitecto del palacio de Sydenham, se halla la gran entrada del palacio. Para la colocacion de los productos de cada pais, se ha observado la situacion geográfica de cada uno: al Este el Oriente, y el Occidente al Oeste. En los 60,000 metros cuadrados que cubre en todo su conjunto las galerias del palacio, sin comprender la rotonda, el Africa tiene 1,348 metros, de los cuales 1,003 corresponden al Egipto; la América del Norte y Sur 2,440; el Asia 1,696. El resto pertenece á la Europa. El Austria tiene 14,767 metros, sin comprender los 2,972 para la Hungría; la Alemania 6,741; la Francia 6,380; la Inglaterra 6,369; la Rusia 3,309; la Italia 2,972; la Turquía 2,938; la Bélgica 2,613; la Suiza 1,125; la Holanda 880; la Suecia y Dinamarca 863; la Grecia 867; la España 608; y el Portugal 519. Además de estas superficies, las mismas naciones se reparten todavía los terrenos que existen entre las galerias transversales, y que serán mas importantes que los que han obtenido en el parque.

Después de haber entrado en el palacio por la gran entrada, solo hay que atravesar la rotonda para salir por la puerta abierta en el costado opuesto en donde se encuentra una línea de edificios en medio de una alfombra de yerba y paralelas á las galerias que acabamos de dejar; esta es la exposicion alemana, en donde se ven los aceros Krupp.

Mas allá de la exposicion alemana se extiende, siempre paralelamente al palacio, la gran galeria de máquinas; y á fin de proveerlas de fuerza motriz necesaria, se han instalado aparatos hidráulicos de gran fuerza y numerosas máquinas de vapor. Hemos llegado al muelle del Danubio. Aquí termina la Exposicion, que hemos atravesado en línea recta desde la entrada principal sobre el Hauptallee al muelle, pasando por la rotonda, la exposicion alemana y la galeria de máquinas. Sobre este muelle se ha establecido un embarcadero que empalma con el ferro-carril del Norte (Nordbahn) y con el del Estado (Staatsbahn), destinados ambos á trasportar los productos á la Exposicion.

Antes de echar una rápida mirada sobre el parque, hablemos algo del palacio de Bellas Artes.

Este palacio, situado á la extremidad oriental del de la Industria, está separado por un parterre, y en comunicacion por dos corredores cubiertos. El palacio de Bellas Artes está construido en un estilo tan sencillo como noble, y tiene una superficie de 800 metros. Dan entrada á este edificio cuatro puertas coronadas por grupos que representan los genios de la pintura, de la arquitectura y de la escultura. Su parte interior se divide en ocho grandes salones de 20 metros de largo y 8 de altura, que reciben la luz por la parte alta, y están unidos á otras tantas galerias de la misma longitud, aunque menos elevadas, recibiendo la luz por ventanas laterales. Aquí solo la Francia tiene cuatro salones con igual número de galerias.

Detrás del palacio de Bellas Artes hay dos elegantes pabellones llamados de la *Exposicion de los aficionados*, en donde solo deben figurar las colecciones particulares; cuadros, esculturas, armas, muebles, etc.; estos pabellones no serán accesibles al público en general.

Los demás edificios de la Exposicion universal de Viena que acabamos de hablar, están situados en medio de jardines, y cuyo conjunto forma el parque. Este parque se divide en tres partes distintas: primeramente los jardines propiamente dichos, situados delante de la fachada del palacio de la Industria, y en donde se encuentran los pabellones del Emperador y del Jurado, de las fondas de todos los paises, y las exposiciones del virey de Egipto y del sultan. Después, á la derecha, se encuentra la parte del Prater conocida con el nombre de Krian. Este sitio se haya consagrado á las exposiciones agrícolas. Además se ve otro edificio destinado á la exposicion de caballos, modelos de construcciones rústicas; casas de labranza de Rusia, de Polonia y del Vorarlberg, cabañas de los Alpes, chozas de Noruega, granjas de Suecia, etc. Por último, á la izquierda del palacio, en el ángulo agudo que forma al unirse al Praterstern, la avenida de la Exposicion y la gran avenida que es la tercera parte del parque, el Wurstelprater.

En nuestro último número consagramos algunas líneas á la inauguracion de la Exposicion de Viena, que tuvo lugar el 1º de mayo en presencia del emperador Francisco José; y hoy, segun verán nuestros lectores, damos un grabado que representa esta misma ceremonia. Delante de la fuente del centro se habia elevado un estrado para la corte; al rededor, y á una distancia respetuosa, estaban colocados, formando círculos, todos los personajes que habian sido invitados, y detrás, los espectadores que habian tomado billetes de entrada. El órden de la ceremonia fué el siguiente: entrada del emperador que fué á ocupar el estrado; durante este tiempo la música tocó un himno de circunstancia; después el discurso de los organizadores de la Exposicion; contestacion del emperador; la música dejó oír diversas cantatas; y finalmente, paseo de la corte en la galeria principal; y por la tarde comida en palacio.

Así es cómo la Exposicion de Viena fué inaugurada el 1º de mayo; pero es de creer que no estando colocados la mayor parte de los productos, no lo será realmente antes del 1º de junio.

L. C.

El Reló de Patrick.

HISTORIA SIN FECHA.

I.

En una hermosa mañana el joven Patrick O'Featherhead, que solo hacia seis meses que residia en Londres, se hallaba sumido en la mayor desesperacion. Veia desvanecerse como el humo todos los proyectos que en su loco desvario habia concebido; y ante la triste realidad, tomó una desesperada resolucion, cual fué la de ahorcarse.

Como un verdadero irlandés, no podia llevarla á efecto sin una madura reflexion; pero desgraciadamente esta reflexion, en lugar de hacerle cambiar en su propósito, no hizo mas que afirmarle en él. El pobre joven no carecia de razones para tomar tan terrible determinacion, pues además de carecer de dinero, Peter Flint, el amigo de su padre y su tutor, se oponia á prestarle la menor suma; sus producciones literarias habian sido rechazadas por todos los editores y teatros de la metrópoli; y para colmo de desgracias, Milly Wood, la hija de su propietaria, y con la cual se proponia casarse después que sus obras inéditas le hubiesen asegurado una renta suficiente, le habia declarado que preferia á un cierto Mark Quill, funcionario del gobierno, dedicado á sellar los despachos oficiales mediante una retribucion de novecientas libras esterlinas. ¡Qué de razones tan poderosas para que Patrick abreviase, por medio de un nudo corredizo, su miserable existencia! Sin embargo, ¡qué triste es ahorcarse á los veinte años! ¡A esa edad, en que se entrevé un brillante porvenir, aun mirado desde el piso mas elevado de una casa del arrabal de Battersea (aquí era en donde el joven habitaba) en medio de un monton de manuscritos rechazados!

Después que el joven irlandés hubo terminado y doblado dos cartas, la primera de las cuales empezaba con estas palabras: «Cruel Milly, mi muy amada Milly, cuando leais estas líneas, ya habré dejado de existir....» Y la otra: «Peter Flint, hombre insensible, sabed por esta carta, que vuestra inhumanidad me ha muerto...» cerró ambas epístolas. Desde este instante se puso á reflexionar si entre el catálogo de los suicidios habria algun procedimiento menos brusco y mas seductor que la estrangulacion. Entonces recordó de muchos desventurados que habian deseado ahogarse, y que salvados, contaron pormenores un poco tranquilizadores acerca de este modo de poner fin á la vida, salvo dos ó tres gárgaras que no tenian nada de agradable. ¡Quizás no habria otro medio de prescindir de esa penible sensacion!

En una novela que Patrick habia leído, recordaba de una planta de Persia, llamada «haschish», que trasportaba á las esferas celestes en alas de los sueños mas brillantes y seductores. Este medio no le desagradaba al joven, pero desgraciadamente no habia farmacéuticos persas en Battersea, porque en cuanto á los indigenas, segun las leyes vigentes, se veian obligados á rehusar la menor particula de opio, sin la presentacion de una receta suscrita por un doctor en medicina.

¡Atroz sarcasmo del legislador, que no permite morir con la asistencia de un médico! ¡Ah! ¡por qué Patrick no seguiria esta carrera? pues siendo doctor, se hubiera envenenado con sus mismas recetas. Ya se lamentaba de haber cesado en sus relaciones con su amigo Thaddy Boll, estudiante en medicina, con motivo de un poema que tuvo la imprudencia de consultarle. Perplejo aun Patrick, piensa resueltamente ponerse una pistola en la boca; pero por desgracia carecia de esta arma; entonces, se clavará un puñal en el corazon; pero tampoco tenia puñal.

En esta situacion llega al sistema mas en moda hoy, que es cubrir todas las aberturas de la habitacion y encender un pequeño horno de carbon, acostándose después, para conseguir así una dulce sofocacion; pero aunque Patrick hubiese podido averiguar la cantidad de carbon necesaria para esta operacion, y las dimensiones del horno, aun era indispensable que su habitacion estuviese menos expuesta á las corrientes de aire por los innumerables resquicios por donde recibia mas viento que luz. Resumiendo después todos los medios que hasta entonces se conocian para que un mortal pusiera fin á sus dias, confesó que solo habia que elegir entre el rio y la cuerda.

— ¡Pues bien, exclama el joven Patrick, que la suerte decida! ¡á cara ó cruz!

Y echando al aire su última moneda de seis peniques, cae al suelo dejando ver el busto de Jorge III, que equivalia á decir: ahorcado.

Patrick toma, pues, su sombrero, disponiéndose ya á salir para comprar la cuerda y los clavos necesarios; pero antes, deseando adquirir todo el valor que requería semejante operacion, destapó la última de las seis botellas que su anciano tutor Flint, antes tan bondadoso para él, y hoy tan cruel, le habia enviado en dias mejores. Era un vino de color de ámbar, rancio y de un aroma delicioso; se le veia brillar en el

vaso tan trasparente como un topacio, y Patrick á la vista de la botella no pudo reprimir una amarga sonrisa al leer en el rótulo: «Elixir para prolongar la vida.»

— ¡Véase aquí, exclama, una marca de fábrica bien engañadora!

Sin embargo, al decir esto no cesaba de mirar el líquido; sentía que su sangre circulaba con mayor rapidez en sus venas; y al levantar su brazo y exponerlo al sol, parecía que el astro luminoso lanzaba flechas de oro al través del cristal, y que innumerables rayos se movían como fuegos fatuos en la superficie del líquido.

Aunque su vaso era grande, Patrick le llenó completamente por tres veces; y cada vez que absorbía su contenido, parecía que le repetían al oído: «Larga vida á tí, Patrick; soy el elixir para alargar la vida.»

La broma, aunque le parecía algo original, sin embargo, se encontraba de tan buen humor, que se apresuró á bajar la escalera en busca de la cuerda fatal.

Las tiendas de cordeles eran, sin duda, escasas, porque Patrick no encontró en la calle en donde habitaba, lo que deseaba.

Entonces resolvió marchar á la ventura, atravesando la poblacion de Battersea como un hombre libre de preocupaciones mundanas.

Así que, al ver pasar cerca de él mercaderes andando precipitadamente, agentes de policía cubiertos de polvo, obreros quemados por el sol, niños llevando con trabajo una cesta con botellas de vino, y mujeres sofocadas bajo el peso de sus privaciones en busca de un préstamo, Patrick continuó andando siempre, y mirando con desprecio á tantos pobres diablos condenados á esa vida de tribulaciones incesantes, de que muy pronto se vería libre.

¡Qué le importaban, pues, el calor, el polvo, la fatiga y los usureros! ¡Dentro de una hora no se vería ya libre de esas miserias, sin que las quejas y los gritos de Battersea fueran bastantes para hacerle despertar! Orgulloso de sentirse superior á todos esos seres serviles, marchaba con cierto desembarazo, hasta que sus miradas se detuvieron en la tienda de un mercader de aceite y colores, en donde se veía suspendido en los escaparates un fuerte rollo de cuerdas.

Aunque la resolución de nuestro irlandés era inquebrantable, sin embargo, la imparcialidad nos obliga á confesar que, á la vista de las cuerdas, todo su ser experimentó un malestar indefinible; ya le parecían de un buen cáñamo, muy fuerte y bien confeccionadas, y sin que hubiese el menor temor de que se rompieran.

Este pensamiento condujo naturalmente á Patrick á un orden de ideas que habia tratado de evitar, pero que se le agolparon á su imaginación bien á pesar suyo. ¡Qué sucedería cuando se descubriese el horroroso acontecimiento! Es probable que se advirtiera su desaparición despues de veinte y cuatro horas ó mas; entonces alguno, tal vez Milly, subiría á su habitación y llamaría á la puerta; y al ver que no recibe contestación, alzaría el picaporte é introducirá su cabeza y.... ¡oh Dios mio, qué espectáculo! Milly grita, se precipita por la escalera, y por último, se desmaya. Miss Wood y su criada se lanzan á la calle y llaman á un agente de policía; los vecinos salen á los balcones, un gran corrillo se forma á la puerta. Despues de cortos instantes, un médico atraviesa la multitud con paso mesurado; sube la escalera y corta la cuerda; pero todos sus cuidados fueron inútiles, y los periódicos de la noche dedicarán algunas líneas con el siguiente título: *Deplorable acontecimiento en Battersea.*

Al día siguiente, un conciliábulo compuesto de los tenderos y tahoneros del barrio, declararán con su estóica gravedad, que el desgraciado ha puesto fin á sus días suicidándose, en un acceso de locura; y por último, cuando Milly Wood se haya casado con Mark Quill, y sus novecientas libras de sueldo, él, Patrick, será el fantasma obligado durante la noche. Entonces Milly contará con espanto cómo le ha visto suspendido en el espacio, pálido como un espectro y con los ojos fuera de sus órbitas; y M. Mark Quill sacará la consecuencia de esta relación y lo repetirá por la centésima vez:

— «Siempre habia dicho yo que era una pobre cabeza.»

A la vista de esta perspectiva tan poco halagüeña, Patrick respiraba con dificultad; se quita su sombrero y se limpia su frente, cubierta de sudor.

Ahorcarse, nada era mas fácil; pero dejar á su rival como único recuerdo la calificación de imbécil, no le era nada agradable. ¡No sería posible alcanzar alguna gloria con su muerte! De esta manera conseguiría que Milly, en medio de una querrela conyugal, exclamara al recordar tan trágico suceso:

— ¡Ah Mark, no valeis tanto como el pobre Patrick!

Pero ¿qué resolución tomar para conseguir este resultado?

El viento que reinaba en Battersea le cubría de polvo el semblante y los cabellos, á la vez que obraba sobre su cerebro, sobreexcitado ya como si estuviera en una atmósfera de incienso y tabaco.

— ¿Por qué, pensaba Patrick, no estallaría una guerra en donde pudiera exponer mi vida, y cayera acribillado de heridas y cubierto de laureles? ¿Por

qué un toro furioso no se lanzaría por las calles de Battersea, para proporcionarme la ocasión de ser destrozado al salvar á un vendedor de pescado? ¿Por qué á mi paso no haría explosión una caldera de vapor y lograra interponerse entre la muerte y el niño de un transeunte? ¿Por qué?...

En este momento oyó á lo lejos una música militar; se volvió, y apercibió una línea de uniformes encarnados y bordados de oro que avanzaban en medio de un inmenso gentío.

Nada mas natural que un hombre que está decidido á ahorcarse, desee gozar de la música antes de morir. Patrick se hallaba parado enfrente de la tienda de aceite, y solo tenia que atravesar la calle para entrar en ella; no obstante, resolvió esperar que los soldados hubiesen concluido de desfilar, y para conseguirlo retrocede algunos pasos á fin de verles con mas comodidad y oírles mejor.

Entre tanto, la música se aproximaba poco á poco, y los uniformes parecían cada vez mas brillantes; era un batallón de la guardia de la reina, que volvía á su cuartel Chelsea. Una fila de zapadores abría la marcha; venían en seguida el tambor mayor, despues los pifanos y tambores, el coronel á caballo, y por último el batallón con sus fusiles, que relucían bajo los rayos del sol. La multitud parecía que salía de la tierra bajo los pasos de estos héroes, y las dos aceras de la calle estaban cubiertas de espectadores.

Los instrumentos de aire, los platillos y el bombo, continuaron resonando hasta que poco á poco se fué debilitando á medida que la brillante vision desaparecía para reducirse á un punto casi imperceptible.

No habia desaparecido aun en el horizonte el batallón, y ya habia obrado una completa revolución en las ideas de Patrick: esa música le hizo recordar aquella gloria que en su desvarío le habia brotado de su cerebro enfermo; y sintiéndose sofocado, se quita de nuevo su sombrero, como si se levantara la tapa de una caldera en completa ebullición.

Ya la muerte por medio de la estrangulación no figuraba en su programa. La soga no era digna de un hombre que se sentía llamado á los mas altos destinos. Era necesario que al hacer el sacrificio de su vida fuera en beneficio de la ciencia y de la humanidad; ya deseaba montar en globo para hender el espacio ó hacer experiencias con un gas asfixiante, ó descender á una mina, ó embarcarse para el polo del Norte, ó ejecutar alguna acción heroica que le arrebatara de este mundo, ceñida la frente de una aureola inmortal.

Absorbido con estos generosos pensamientos, se lanza detrás de la tropa para escuchar una vez mas la música militar, que tanto habia contribuido á embriagarle, y despues de abrirse paso por medio de la multitud, sin preocuparse de los juramentos del populacho, consiguió por fin colocarse en primera línea al lado del coronel, poniéndose á marcar el paso, haciendo mil gestos y prorumpiendo en exclamaciones, que seguramente los que le vieran, le calificarían de loco.

De este modo consiguió nuestro héroe llegar á Chelsea, uno de los arrabales mas animados y populosos. Cuando dejó á los guardias de la reina á la puerta de su cuartel, el primer objeto que apercibió fué un volatinero de pié sobre un tapiz extendido en medio de la calle, preparándose ya para colocar sobre su pecho una gruesa viga que debía llevar á la punta á otro volatinero.

A la vista de este espectáculo, que habia ya atraído un gran gentío, Patrick exclama:

— ¡Por todos los santos! Cualquiera diría que esos hombres han preparado el escenario expresamente para mí.

Y aproximándose al volatinero, que tenia ya la viga en equilibrio sobre su estómago, le ruega que le preste el tapiz por algunos momentos, para que pudiera ofrecer al público un pequeño espectáculo. El volatinero, dispuesto siempre para todo aquello que le proporcionara aumentar el grupo de espectadores, dió buena acogida á su demanda, que fué apoyada con dos peniques, Patrick le hizo entrega de una moneda de seis peniques, y despues que le hubo devuelto el volatinero cuatro, entró en posesión del tapiz.

— Señoras y caballeros, dijo dirigiéndose al auditorio, y demás personas de todos los sexos y edades: el hombre que tenéis delante de vosotros, está animado de los mas nobles designios. Ante todo, debo declarar que estoy resuelto á realizar una de esas acciones heroicas que merecen un tributo de elogios y de admiración, que es el verdadero alimento y el único premio de las grandes almas.

Despues de este exordio, fué saludado por la multitud.

— Marcus Curtius, un héroe de la antigüedad, de que supongo habreis oído hablar; Marcus Curtius, repito, se echó á caballo en un precipicio, por la felicidad de su patria. Si yo vieses por aquí otro... pero no le apercibo... me precipitaria, como él, sobre un caballo... y ¡desgraciado del animal, si se resistía! Esta sucinta relación os probará que hay en esta reunión una persona que desea inmortalizarse por medio de una grande invención. Por lo tanto, si necesitais un hombre pronto á sacrificarse para hacer cualquier experimento á riesgo de su propia existencia, que se presente. Vedme aquí decidido á hacer el ensayo, y si fuese necesario, á morir en la empresa.

Esta arenga fué acogida con una risa general, suponiendo que era un preludio de algunas nuevas gra-

cias; así que uno de los volatineros se apresuró para dar la vuelta al círculo con el sombrero en la mano.

Patrick O'Featherhead, sin desconcertarse por esto, continuó su discurso; pero observando despues que las risas continuaban, y que el volatinero le recordaba que no solo cinco minutos, sino diez, habian ya trascurrido, creyó prudente abandonar el tapiz para buscar un auditorio mas ilustrado, no sin expresar un sentimiento de desprecio al considerar que el espíritu de invención no abundaba en Chelsea.

Apenas hubo salido del círculo que formaban los espectadores, un caballero vestido de negro, que ya le habia visto entre el gentío, se le acerca.

— ¿Sois vos la persona que hace un momento perorabas? le preguntó el desconocido, fijando sobre él una mirada de inquisidor.

— Podeis jurarlo sin ningun temor, le contestó Patrick deteniéndose delante de él.

— Habeis manifestado que estabais pronto á sacrificar vuestra vida por el ensayo de cualquiera invención grande y nueva.

— Si, señor, y os juro por San Patricio, contestó el joven, que me sacrificaría, aun cuando la invención no fuera completamente nueva.

— Entonces, seguidme.

— ¿En dónde vivis? pregunta el extranjero á Patrick, cuando hubieron entrado en las calles menos frecuentadas.

El irlandés declinó su nombre, y para satisfacer al deseo de su compañero, le contó su historia con las causas que le iban á conducir hasta el suicidio, sin perdonar los menores detalles y las reflexiones filosóficas; sus trabajos literarios y sus decepciones; y al hablar de sus amores hizo el retrato de Milly Wood, maldiciendo del miserable Mark Quill.

A las preguntas que le dirigió el extranjero, de si poseía algunas nociones de electricidad y de magnetismo, nuestro héroe contestó que tenia gran predilección por ambas ciencias, y que casualmente aquella mañana habia leído por pasatiempo un libro que trataba de un descubrimiento de este género; el cual le habia hecho erizar los cabellos.

El extranjero quedó inmóvil algunos momentos mirando á Patrick con la mayor atención.

— Yo soy el inventor, contestó por fin en tono de duda, y como calculando el efecto que producian sus palabras. Mi invención puede ser ensayada en mi casa; pero, como en el caso de que sobreviniera algun accidente, vuestro cuerpo, perdonadme esta palabra, podría ser un estorbo y un peligro para mí, creo mas prudente que nos traslademos á vuestra casa.

— Como gustéis, contestó Patrick sin turbarse; pero esa invención, ¿en dónde la tenéis?

— En mi bolsillo, contestó el extranjero.

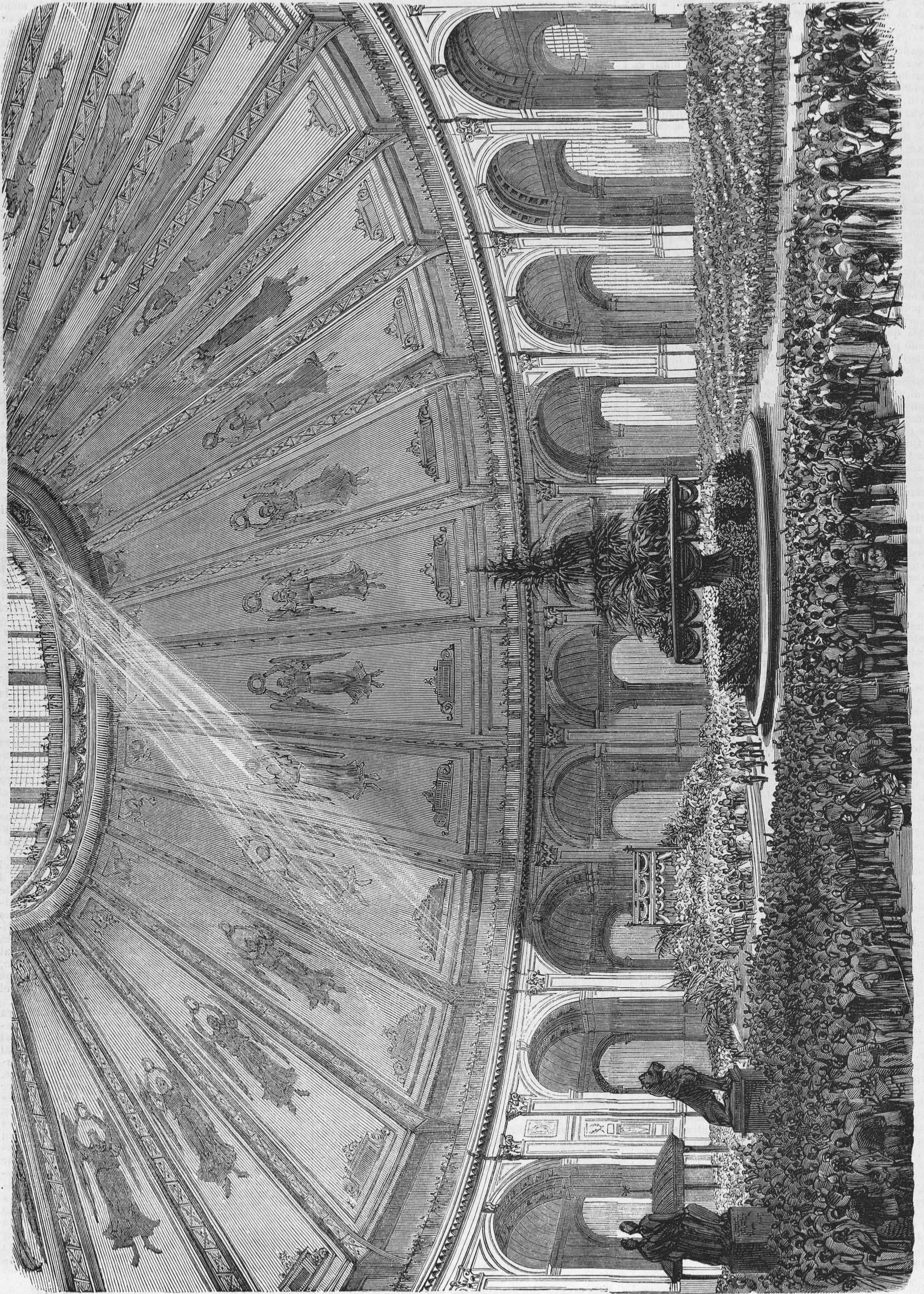
Durante el camino, una sensación inexplicable se apodera de Patrick; creía que su impasible compañero, ese desconocido cuya mirada se asemejaba á la de una esfinge, habia tomado sobre todas sus facultades un imperio misterioso, que le entorpecía á la vez su espíritu y sus miembros.

En esta situación, vacila, y seguramente hubiera caído, si el extranjero no le hubiese sostenido pasando su brazo por debajo del suyo. Desde ese momento fueron en vano todos sus esfuerzos para luchar contra la fuerza magnética que le paralizaba, y sin que el generoso Patrick pudiera recordar nada de lo que le habia sucedido, hasta que se encontró sentado en una silla, en su misma habitación, enfrente de su compañero, que continuaba observándole con gran atención.

Temiendo que el extranjero hubiese usado con él de algun maleficio para someterle, sin prevenirle, á alguna experiencia, trató de reclamar contra este proceder tan desleal, pero su lengua no producía sino palabras confusas. En este estado cierra los ojos y se echa sobre su silla, sumido en el mayor abatimiento. Entonces el extranjero saca de su bolsillo una pequeña cadena de cobre destinada á envolverla al rededor del cuello, y sacó, además, un cuadrante, igualmente de cobre, muy parecido á un reloj. Ambos objetos los coloca sobre la mesa, á cierta distancia el uno del otro, y despues, con un tono grave:

— Ved aquí, dice, mis dos invenciones; es la obra de cincuenta años; por ellas la vida puede ser destruida instantáneamente. Este es el objeto principal de nuestro ensayo. El cuadrante que veis aquí, da al hombre que le posee, tal imperio sobre sus semejantes, que ningun obstáculo se le opondrá á sus deseos, en el caso que su salud y su fuerza le permitan hacer uso de él; pero este mismo cuadrante, de nada sirve si no está en contacto con la cadena que completa su poder. La potencia combinada de ambos elementos es tan extraordinaria, que el hombre que los lleve en contacto el uno con el otro, sin estar dotado personalmente de la electricidad necesaria para dominar sus efectos, puede caer muerto. En cuanto á mi naturaleza, carece de la electricidad necesaria para hacer el ensayo, pues soy linfático, y lo que necesita es un temperamento nervioso y sanguíneo. En vano he buscado, durante muchos años, un hombre resuelto que tuviese bastante valor, ó que su desesperación llegase hasta el punto de intentar esta prueba; hasta que la suerte os ha interpuesto en mi camino. Veamos: ¿estais vos decidido á desafiar la muerte?

(Se continuará).



EXPOSICION UNIVERSAL DE VIENA. — Ceremonia de inauguracion en la gran rotonda.

EXPOSICION DE 1873



UN DOMINGO POR LA MAÑANA EN INVIERNO (Artois), por M. E. Breton.

Bellas Artes.

EXPOSICION DE 1873 EN PARIS.

CUADRO REPRODUCIDO EN ESTE NÚMERO.

Un domingo por la mañana en invierno (Artois), por M. E. Breton. — M. Emilio Breton, hermano del que pinta tan bien los diversos tipos de las aldeanas francesas, es un verdadero paisista, amante de la naturaleza, cuyos variados aspectos interpreta con tanto éxito.

Habiendo pasado todo un invierno en Courrières (departamento del Paso de Calais), donde ha nacido, ha tenido tiempo de admirar los blancos esplendores de diciembre y enero, y al contemplar su nuevo cuadro, se conoce que el artista ha copiado del natural exactamente.

Ahí está la aldea artesiana con sus casas cubiertas de paja, su calle Mayor y su iglesia situada en el centro. Es un domingo por la mañana, y los aldeanos van á misa: la tierra está oculta bajo una densa capa de nieve ya endurecida; los árboles que se elevan en primer término y los que se distinguen en lontananza completan el conjunto del cuadro, con sus troncos pelados y sus grandes ramas blanquecinas que se destacan sobre el tono gris del cielo. F.

LA DICHA DE UN DESDICHADO,

NOVELA ORIGINAL INÉDITA

ESCRITA PARA

EL CORREO DE ULTRAMAR

Por Julio Nombela.

(Continuacion).

VI.

UN PERSONAJE OFICIOSO.

El viaje fué felicísimo.

Al siguiente día por la mañana llegó la silla de posta á Madrid, y Luciano se acercó al mayoral para gratificarle.

— No soy rico, le dijo dándole una moneda de dos duros.

— Mil gracias, señorito, contestó el mayoral; si se le ofrece á Vd. algo...

— Hombre, sí, dijo Luciano; es la primera vez que piso la corte; ignoro las condiciones en que se encuentra aquí la vida ordinaria, y si Vd. me indicase...

— ¿Una casa de huéspedes?

— Precisamente.

— Si este caballero no lo lleva á mal, dijo terciando en la conversacion el hombre de edad que habia hecho el viaje con el conductor; yo sé dónde podrá usted hospedarse con economia y comodidad.

Al mismo tiempo hizo una seña al mayoral.

— Hombre, es verdad, dijo este. ¿Es sin duda la casa de que me hablaba Vd. anoche?

— La misma.

— Pues es una verdadera ganga.

— Figúrese Vd., añadió el hombre de edad, á quien llamaremos Bautista, que es una viuda de cincuenta años, de muy buena familia, de una escogida educacion, pero á quien la desgracia ha perseguido, obligándola á admitir en su casa uno ó dos huéspedes para que le ayuden á sobrellevar sus gastos. Yo la conozco porque tuvo en su casa á un sobrino mio, y al salir de Madrid hace ocho dias la encontré y me rogó que no la olvidase. Es una madre para los huéspedes, y luego tiene la ventaja de ocupar un cuartito interior en una de las mejores casas de Madrid. Su esposo fué intendente de la marquesa del Salado, y esta buena señora le da gratis el cuartito que ocupa. Conque si Vd. quiere...

— Con mucho gusto, dijo Luciano.

— Pues voy en este momento á escribir cuatro letras, y le llevaré á Vd. en seguida á casa de doña Rosario.

Bautista escribió en efecto algunas líneas, y las envió á su destino con un mozo de cuerda.

Acto continuo se puso á la disposicion de Luciano, y buscando otro mozo para que llevara el equipaje, le condujo por el camino mas largo á la calle del Barco.

Los dos, como era natural, se hicieron varias preguntas.

— ¿Viene Vd. á Madrid á estudiar? dijo Bautista.

— Vengo á probar fortuna, contestó Luciano; soy músico compositor, y aunque no ignoro que es difícil triunfar, voy á buscar el triunfo.

— ¿Traerá Vd. buenas recomendaciones?

— No, señor.

— Pues amigo, en Madrid las recomendaciones ó el dinero son las únicas llaves que abren todas las puertas.

— De todos modos estoy resuelto á luchar... Si perezo en la lucha yo solo sufriré la derrota.

— Usted solo no... ¿Acaso tiene Vd. una madre?

— No, señor, contestó Luciano con tristeza... vivo solo en el mundo.

— Eso es lo peor... pero ¡qué diantre! Vd. es joven, simpático, y la fortuna no es siempre injusta. Yo valgo poco, pero ya que ha querido la suerte que seamos compañeros de viaje, tendré el mayor placer en servir á Vd. cuando se le ofrezca.

— ¿Vive Vd. en Madrid?

— No siempre; soy administrador de un título que reside en la corte, pero tiene sus haciendas en la provincia de Sevilla, y paso la mayor parte del año viajando. Pero ya nos veremos, porque á mi marcha le avisaré á Vd. por si tiene algun encargo que darne para Ecija.

— No conozco allí á nadie.

— Pues qué... ¿no es Vd. de Ecija?

— No, señor.

— Yo creí...

— He pasado unos dias en aquella ciudad y nada mas.

— ¿Pero Vd. es de Andalucía?

Luciano pronunció el nombre del pueblo en donde habia pasado los primeros años de su vida, y Bautista se hizo de nuevas manifestándole que nunca le habia oido nombrar.

En esto llegaron á la calle del Barco, y Bautista guió á Luciano.

Los dos, seguidos del mozo, entraron en una casa cuya puerta monumental sostenia un pesado escudo de armas.

Luciano notó que el edificio solo constaba de dos pisos: el bajo y el principal.

El portal era espacioso, y á derecha é izquierda vió dos antiguos bancos negros con escudos pintados en el centro.

El portero vestia librea.

Saludó á Bautista, y este, sin detenerse, atravesó un patio en el que habia media docena de naranjos en cajones pintados de verde, y dirigiéndose á uno de los ángulos subió con Luciano una escalera estrecha.

Al final de ella habia dos puertas en la meseta.

— Por esa puerta de la derecha, dijo Bautista, entran y salen los criados de la marquesa: esta otra es la del cuarto que ocupa doña Rosario.

Tiró de un llamador de campanilla, se abrió la puerta, y apareció en el dintel una criada joven.

— ¿Está su ama de Vd.? preguntó Bautista.

— No, señor, contestó la joven; pero pueden ustedes pasar adelante, no tardará.

— Bien, esperaremos; pero el mozo no nos hace falta. Deje Vd. la maleta en el recibimiento.

Hizolo así el mozo, Luciano le pagó, y conducidos por la criada, entraron en una sala modestamente amueblada.

Aun no se habian sentado, cuando se oyó un campanillazo.

— Es la señora, dijo la criada, cambiando una mirada de inteligencia con Bautista.

Un minuto despues entró en la sala doña Rosario.

VII.

EL AMA DE HUÉSPEDES.

Era doña Rosario mujer que aparentaba cincuenta años, mas por las plateadas hebras que se descubrian entre sus castaños cabellos, que por lo acentuado de sus facciones.

Si Luciano la hubiera visto con una peluca negra bien disimulada, le hubiera rebajado por lo menos diez años, porque sus ojos brillaban aun con fuerza, sus megillas estaban tersas y sonrosadas, la importuna patita de gallo no hacia mas que dejarse adivinar, y sobre todo, ni su cuerpo se encorbaba, ni habia sintoma alguno en toda su figura de la proximidad de la vejez.

La buena señora debia padecer de la vista, porque llevaba anteojos verdes.

Al presentarse á Luciano vestia un traje negro de seda algo usado, y como volvía de la iglesia, un manto de merino negro y una mantilla de cano completaban su traje.

— Mi señor don Bautista, dijo saludando, y despues haciendo una ligera inclinacion de cabeza: caballero, añadiendo dirigiéndose á Luciano.

— Apuestó cualquier cosa, dijo Bautista, á que adivina Vd. el objeto de mi visita.

— No es necesario ser muy lince para ello.

— ¿Ha visto Vd. el baul en la antesala?

— Las mujeres somos muy curiosas, y no se nos escapa nada. Así pues, doy á Vd. gracias por haberse acordado de mí.

— Pues sí, señora, me he acordado. La suerte ha querido que hayamos sido compañeros de viaje este

caballero y yo; al llegar á Madrid manifestó deseos de alojarse en una casa de confianza y económica. No es rico, viene á hacer fortuna, y era muy natural que le trajese á su casa de usted.

— Repito á Vd. que estoy agradecida... Y este caballero, añadió dirigiéndose á Luciano, creo que podrá acostumbrarse á mi humilde vivienda, que por lo retirada y silenciosa, mas parece la celda de un convento que una casa de huéspedes.

— ¡Oh! sí, señora; contestó Luciano. Ha dicho á usted mi bondadoso guía que no soy rico; si añado yo que no soy muy feliz, comprenderá Vd. que la soledad y la modestia es lo que mas conviene al triste estado de mi bolsa y de mi ánimo.

— Pues yo creo, por el contrario, que la animacion, el bullicio, serian mas eticaces... Bien es verdad que eso depende del carácter de cada cual... ¿Y viene usted á Madrid á estudiar?

— A estudiar, y al mismo tiempo á utilizar mi estudio.

— ¿Es Vd. abogado?

— No, señora, soy músico.

— ¡Artista!

— Y vengo aquí para alcanzar un nombre y una posicion que necesito.

— Yo creo que lo conseguirá usted.

— ¡Quién sabe!

— Ya le he dicho que es difícil, interrumpió Bautista; pero ¡qué diantre! pecho al agua.

— Algun premio ha de alcanzar, dijo doña Rosario, el joven estudioso que abandona su casa, los consejos de un padre y las caricias de una madre, para luchar con las contrariedades de la vida.

— ¡Ah! señora, exclamó Luciano con profunda tristeza. Soy huérfano y lo he sido siempre.

— Razon de mas, añadió doña Rosario con acento conmovido, para que yo procure, si, como espero, se queda Vd. en mi casa, reemplazar ese afecto que nunca ha conocido.

— Gracias, señora, gracias; veo que tiene Vd. buen corazon, y esto me basta para considerar como una fortuna nuestro encuentro. Pero yo debo decir á usted la verdad: tengo recursos para un mes, estoy resuelto á trabajar de cualquier modo para sostenerme; pero no extrañe Vd. que sea franco y que me aleje de su lado si veo oscurecerse el horizonte de mi porvenir.

— Por eso no... No soy rica, pero confiando en la honradez de Vd., puedo esperar á que haga Vd. fortuna.

— Vaya, arréglese Vds., dijo Bautista; yo me voy, porque me espera mi señor.

Y despidiéndose, dejó solos á Luciano y á doña Rosario.

Esta buena señora enseñó al joven el cuarto que pensaba destinarle.

Era una habitacion bastante grande, con un balcon al jardín de la casa.

Estaba empapelada, y habia en ella, además de la cama limpia y con colgaduras de Persia, una mesita para escribir, algunas sillas y un piano de mesa bastante antiguo, pero de los mejores de su tiempo.

— Ya ve Vd., dijo doña Rosario, que aunque modesto todo, tiene Vd. aquí cuanto puede necesitar.

— ¿Tambien piano?

— Es un mal manuscordio que conservo como un recuerdo de mi juventud. Ha estado arrinconado, pero tal vez pueda servir á Vd.

Luciano le abrió, y despues de recorrer el teclado:

— Es magnífico, dijo. Los pianos que hoy se hacen gritan mas, pero no sienten tanto como estos.

— Celebro que le guste á Vd.

— ¿Y este balcon?

— Da á un jardín... ¡mire Vd. qué precioso!

— Con efecto.

— Es el de la marquesa del Salado... una buena señora de mi edad, tan cariñosa, tan compasiva, que no encuentro palabras para elogiarla. Yo le debo la habitacion que tengo, y no contenta con dispensarme este beneficio, dispone algunos dias que me traigan manjares de los que sirven en su mesa.

— ¿Está casada?

— Es viuda... como yo.

— Nunca he oido nombrarla.

— Pues es extraño, porque es de Andalucía, y hasta tiene familia en un pueblo que hay próximo á Sevilla.

— ¿Sabe Vd. cuál?

— No recuerdo cómo se llama; pero en él tiene una sobrina, hija de una hermana suya, que murió, y siempre está nombrándola. Ya se ve, como no tiene madre y es una joven angelical, siempre está la marquesa con su Isabelita á vueltas.

— ¿Isabel, ha dicho usted?

— Así se llama su sobrina; pero creo que su padre es hombre de mal genio, pues por cuestion de intereses ha reñido con la marquesa, y la pobre señora tiene que contentarse con quererla de lejos. El padre de la joven se llama don Carlos...

— ¿De Albarosa?

— Creo que sí... ¿le conoce Vd? preguntó doña Rosario, mirando con fijeza á Luciano á través de los verdes cristales de sus anteojos.

— Solo de nombre, contestó Luciano dominando la emocion que le habia causado el recuerdo de la mujer á quien amaba, y de su padre, que tan despiadadamente le habia despreciado.

— Me parece haber oido decir, añadió doña Rosa-

rio, que la sobrina de la marquesa no es muy dichosa.

— ¡Oh! sí, dijo de pronto Luciano, y comprendiendo su torpeza; creo que sí, añadió. Pero si Vd. no lo lleva á mal, arreglaremos las condiciones de mi puplaje.

— Con mucho gusto; Vd. comerá solo, porque yo, que tengo buenas amigas, me veo precisada á aceptar á menudo sus convites. El desayuno á las ocho, la comida á las dos, y la cena á las diez... A la antigua española. ¿No es esto?

— Como Vd. guste.

— Pues bien, por la manutencion y la asistencia le llevaré á Vd. muy barato: seis reales diarios. ¿Le parece á Vd. caro?

— No, señora.

— Yo no comercio; solo busco una ayuda...

— Y la gratitud de sus huéspedes, ¿no es verdad?... Hay que ponerse en la razon: ¿con que quedamos?...

— En que estoy contentísimo de mi alojamiento.

— Pues entonces tome Vd. posesion de su cuarto. Yo tengo que salir un instante á hacer una visita; pero la muchacha se queda, pídale Vd. cuanto necesite.

Luciano, con el auxilio de la doméstica llevó su hual al cuarto, y despues de asearse fijó instintivamente sus ojos en los cuadros que adornaban las paredes, observó con mas detenimiento los muebles, el color del papel de la habitacion, y se dijo:

— ¡Es extraño! parece que al adornar este cuarto han adivinado mis deseos. El papel es azul, el color que mas me agrada, porque es el favorito de Isabel; en los cuadros el retrato de Bellini, mi maestro, mi musa, y el de Murillo, que ha comprendido el cielo y lo ha expresado en su admirable Concepcion. Y ese piano, y esa cama con colgaduras de indiana... ¡Oh! yo he pensado muchas veces en un cuarto como este para estudiar, para vivir y trabajar labrando el porvenir que debe hacerme digno de ella... Sí, no hay duda, hasta recuerdo que hice mencion de mis deseos en mi *Libro de Memorias*... ¡Ah! ¡cuánto daria para recuperarle!... Pero ¿cómo?

Mientras reflexionaba de este modo Luciano, una señora en la que los lectores habrian reconocido á doña Rosario, entraba sin previo aviso en el gabinete de la marquesa del Salado.

— Aurora, Aurora, dijo al entrar.

— ¿Eres tú, Elena? contestó la marquesa.

— Ya he logrado mi deseo.

— ¿Es ya tu huésped?

— Sí.

— ¿Y eres dichosa?

— ¡Ah! sí... la mas dichosa de las mujeres, exclamó arrojándose en los brazos de su amiga.

— ¿De modo que estás resuelta á realizar tu plan?

— ¿Puedes dudar?

— No, porque te conozco.

— Supongo que tú me ayudarás.

— Cuenta conmigo para todo.

— Gracias, Aurora.

— Pero ya es hora de que almorcemos... Quitate esa peluca, que te envejece.

— Sí, sí... Podria verme alguno de tus criados, y es necesario el mayor misterio.

— Pues en marcha... Pero ¿quieres decirme cuál es la causa de tu interés por ese joven?

— Respeta mi secreto, contestó Elena quitándose la peluca.

— ¿Le amas por ventura? preguntó la marquesa.

— Sí, le amo, pero no me preguntes mas por ahora.

Y Elena, que no era otra doña Rosario, queriendo evitar las indagaciones de su amiga, añadió:

— Respeta este último capricho de una mujer que con él se despide del mundo.

Las dos amigas pasaron al comedor.

Los lectores recordarán que conocieron á Elena de Sampelayo en la fonda de Eciija, y que ella fué quien se apoderó del único tesoro que poseia Luciano.

Vamos á ver de qué medios se habia valido para desempeñar con tanta propiedad el papel de ama de huéspedes.

VIII.

EXPLICACIONES.

Elena habia leído muchas veces el *Libro de Memorias* que la Providencia habia puesto en sus manos, y una de las primeras cosas que habian llamado su atencion fué el nombre de Isabel.

Al salir de Eciija, llevándose su hallazgo, resolvió habitar Madrid en compania de una de sus mas íntimas amigas, y enviándole un despacho telegráfico desde Córdoba, al llegar á la córte encontró en la administracion de las diligencias un carruaje que la condujo al palacio de la calle del Barco, donde la hemos visto convertida en ama de huéspedes.

¿Qué proyecto era el suyo?

¿Cómo en el breve espacio de veinte y cuatro á treinta horas, pudo ofrecer á Luciano una habitacion de su gusto y trasformarse en pobre viuda buscando un huésped para que la ayudase á soportar sus gastos?

Elena habia sido compañera de colegio de la marquesa del Salado.

Cuando se separaron continuaron escribiéndose, y

su amistad llegó á ser mas íntima que nunca, al hallarse las dos jóvenes en Sevilla, despues de haber permanecido ausentes dos ó tres años.

Por entonces hacia la córte á la marquesa el hombre que mas tarde fué su marido, y Elena sirvió á su joven amiga de confidente y mediadora entre los dos amantes.

El marqués fué tambien su amigo, y todas estas circunstancias hicieron que no se aflojase un solo momento el cariñoso lazo que habian formado los corazones de las dos colegialas.

La marquesa adoraba á su esposo, y era para él un idolo.

Desgraciadamente la salud del marqués no era muy buena, y aquel amor tan grande no se completó con la suprema dicha de la paternidad.

Pudieron los dos esposos emprender largos viajes, vivir en el gran mundo, disfrutar todos esos placeres que no son compatibles con el cuidado que reclaman los hijos á los padres que saben cumplir sus obligaciones, y no volvian de una expedicion, no disfrutaban de una alegría, sin dar parte de ella á Elena.

— ¿Por qué no te casas, querida mia? le preguntaba Aurora. ¿Por qué no haces feliz á alguno de los muchos admiradores y adoradores que te rodean?

— Ya sabes que mi padre es anciano; que pasamos en nuestra hacienda la mayor parte del año; que necesito vivir para él... ¿Cómo quieres que le abandone? ¡Oh! no; yo te aseguro que no me casaré nunca.

Las personas que conocian á Elena, se figuraban que esta determinacion, mas que efecto del amor filial, era la consecuencia de algun desengaño amoroso.

Aurora era la única que creia de buena fe las palabras de su amiga, porque hasta entonces estaba segura de que no le habia ocultado ningun secreto.

Sin embargo, como comprenden los lectores, Aurora se equivocaba; Elena habia guardado un secreto tanto para ella como para las demás personas que le habian preguntado acerca de su resolucion de no casarse.

Pasó el tiempo, y los marqueses del Salado tuvieron que retirarse á una hacienda que poseian en Ronda.

El marqués empeoraba; un catarro mal cuidado habia desarrollado en él la tisis, y los médicos le aconsejaron que se fuera á vivir en aquella ciudad.

Elena se retiró tambien definitivamente á la posesion, en donde murió su anciano padre, y las amigas se escribian de tarde en tarde, porque las dos estaban en uno de esos periodos de la vida en los que se apodera del alma el desaliento.

La marquesa se quedó viuda; sufrió mucho, y unos tios que tenia, para distraer su ánimo, la aconsejaron que viajase, y se prestaron gustosos á acompañarla en sus expediciones.

Un año de distraccion templó su pena y enjugó sus lágrimas; pero su corazón quedó profundamente herido.

Compró el palacio en donde la hemos conocido, se formó una sociedad muy limitada y escogida, y la lectura y la música eran sus únicas distracciones.

Viéndose sola y sin hijos, intentó muchas veces llevar á su lado á una sobrina huérfana, á quien amaba en extremo, porque habia oido ponderar los nobles sentimientos de su alma y las admirables dotes de belleza que la adornaban.

Era Isabel.

Pero el padre de la joven, que todo lo sacrificaba al interés, habia tenido varias cuestiones con el apoderado de la marquesa, y aunque esta escribia de cuando en cuando á Isabel y recibia cartas suyas, no tenia con él padre de la joven mas que unas relaciones frias y ceremoniosas.

Elena habia hospedado algun tiempo en su casa de campo á la marquesa; esta la habia hablado como siempre con intimidad de sus pesares y alegrías, y al despedirse ofreció Elena á Aurora que iria á Madrid á pasar una temporada en su compania.

Al dirigirse Elena á la córte, no pensaba visitar á la marquesa, porque el objeto que la traia á Madrid exigia el mas riguroso incognito; pero el *Libro de Memorias* varió su plan, y Arora se encontró, cuando menos lo esperaba, con el aviso de la próxima llegada de su amiga.

— ¿Te trae algun objeto importante á Madrid, le preguntó despues de haberla estrechado en sus brazos con efusion, ó vienes solamente á cumplir tu palabra?

— Somos amigas, contestó Elena, y debo hablarte con franqueza.

— Eso quiero.

— Pues bien; inmensa es mi alegría al verte, al vivir á tu lado; pero no es este único motivo el que me trae á Madrid.

— Supongo que no me ocultarás entonces el verdadero objeto de tu venida.

— ¿Qué pensarías de mí si te lo ocultase?

— Que eres una mala amiga...

— Y sin embargo...

— No hay excusa que valga; ó tengo ó no tu confianza.

— Hay debilidades que no confiesa sin trabajo una mujer.

— Pero ¿á una amiga... á una hermana?...

— Tengo miedo del efecto que produciria en tí mi revelacion.

— ¿De qué se trata?

— De un capricho... de una aventura.

— ¿Amorosa?

— Sí... pero no puedes comprender lo que este sentimiento significa.

— ¡Ay! Elena, te lo he dicho mil veces... El corazón tiene que pagar tributo al amor, y aun cuando se rebele, aun cuando intente faltar á este deber, si no temprano, tarde se ve obligado á cumplirle.

— Me parece que te equivocas de medio á medio.

— ¡Oh! no.

— Yo ofrezco revelarte dentro de algunos dias el misterio de mi visita... Pero entre tanto promete respetar mi silencio, hospedarme en tu casa y acceder á todos mis ruegos.

— Quiero probarte que soy tu amiga; esperaré.

— Gracias, Aurora, gracias; no sabes cuánto agradezco esa concesion.

— Ahora dispon de mí.

— Es necesario que me proporciones los medios de apacacer mas vieja de lo que soy.

— ¿Quieres que valga mas tu triunfo?

— Me has ofrecido ser discreta.

— Cumpliré mi palabra.

— Necesito además una habitacion independiente que comunique con tu casa.

— Tengo lo que deseas, un cuartito interior.

— Pues bien, yo viviré en él con mi criada, aparentando ser una antigua servidora de tu casa; y una vez instalada allí, me consentirás que admita un huésped.

— Pero mujer, ¿has perdido el juicio?

— ¡Es un joven!

— ¡Tanto peor!

— No temas.

— En fin, sea lo que quieras; pero comprende mi ansiedad, y procura cuanto antes explicarme el enigma.

— No tardaré... y aun haré mas. Te proporcionaré la ocasion de ayudarme á labrar la felicidad de un ser desgraciado.

Curiosa é interesada la marquesa, resolvió complacer á su amiga, y gracias á esto pudo Elena aparecer á los ojos de Luciano como un ama de huéspedes.

¿Cuál era su propósito?

¿Qué sucedió á Luciano en su nueva vivienda?

No tardaré en revelarlo á los lectores.

IX.

UNA CONSPIRACION FEMENINA.

Luciano necesitaba aprovechar el tiempo, porque el deseo que le habia guiado á Madrid era conquistar en breve plazo una reputacion y una fortuna, si no bastantes para que el padre de Isabel le admitiese gustoso por yerno, al menos para ofrecer á la joven, que por su amor estaba resuelta á sacrificar sus deberes filiales, una posicion desahogada, el bienestar que es base de la felicidad del alma.

Pero ¿cómo elegir el camino mas corto?

Luciano habia pensado muchas veces el medio de llegar á la realizacion de sus deseos, y habia trazado en su *Libro de Memorias* estas lineas:

« Si yo encontrase una de esas personas que hay en el mundo, bastante felices para no ser envidiosas, uno de esos seres que aman lo bello, que se complacen en hacer bien, y que debiendo á su fortuna y á su posicion gran influencia, están siempre dispuestos á emplearla en favor de los que luchan con la indiferencia para convertirla en admiracion, si con el poderoso auxilio de un protector interesado venciese los obstáculos que me amenazan, y lo-grase ver interpretada por artistas distinguidos en un espléndido teatro y ante una concurrencia escogida una ópera mia, realizaria mis sueños y acaso acaso mis esperanzas. Lucharé, sufriré, y al fin y al cabo caeré herido cuando vislumbre el triunfo, como el soldado que al clavar la bandera en la torre que ha tomado por asalto, cae herido de muerte en los brazos de la gloria. »

Desde el pueblo en donde habia pasado Luciano parte de su juventud, en donde dejaba el alma de su alma, veia las cosas mucho mas fáciles, se sentia con valor para la lucha; pero á medida que se acercaba al palenque sus fuerzas decaian.

— Heme aquí ya, se dijo al hallarse en la habitacion que le habia destinado doña Rosario; la Providencia me ha deparado una cantidad que me basta para vivir dos ó tres meses, he hallado un hospedaje donde no me faltará nada, esa buena señora será para mí una madre, estoy aquí contento; pero ¿á quién conozco en Madrid? ¿Quién se interesará por mí? ¿Quién me prestará auxilio para llevar á cabo mis proyectos?

Lo que mas le atormentaba era el temor de una derrota, que no significaba para él la pobreza solo, sino la mayor desgracia de su vida, porque tendria que renunciar al amor de Isabel.

Por otra parte, tambien le mortificaba la idea de las persecuciones de que la joven podia ser objeto.

Su padre queria casarla á toda costa con un hombre de posicion, y aunque Luciano estaba seguro de que Isabel no faltaria á sus promesas, el recuerdo de sus padecimientos, el temor de condenarla á una infelicidad eterna, aumentaba su pesadumbre.

Poseida el alma del joven de profunda melancolia,

sintió que se ahogaba, y maquinalmente se acercó al piano, le abrió y comenzó, sin saber lo que hacía, á modular.

Los sonidos expresaban de tal manera sus sentimientos, que dos señoras que paseaban por el jardín se detuvieron á escuchar aquella música sublime, y las dos notaron que sus ojos se inundaban de lágrimas.

Poco despues cesó la música.

Luciano se puso á escribir: en el fondo de su alma habia encontrado la melodía que necesitaba para concluir la ópera que constituía toda su fortuna, todas sus esperanzas.

— ¿Es él? preguntó á Elena la marquesa del Salado.

— Sí.

— Comprendo entonces el interés que te inspira.

— Aun no puedes comprenderlo.

— Todavía no he visto su rostro, no he leído en sus ojos los sentimientos de su alma, no he oído su voz, y sin embargo, si le vieses me parece que le reconoceria, porque ha hablado á mi alma con el lenguaje de la música.

— Si le hubieras tratado, si le conocieras á fondo, le amarias como yo.

— ¡Dios me libre!

— ¡Oh! Aurora... mi amor no tiene celos.

— No quiero insistir en pedirte explicaciones; pero te agradecería mucho que me contases la historia de ese joven, porque mi curiosidad aumenta por instantes.

— Eso equivale á pedir que te revele mi secreto, y aunque no todo, voy á decirte parte de él.

— Gracias á Dios que eres humana con mi curiosidad. Ante todo, ¿su nombre?

— Luciano.

— ¿Dónde le has conocido?

— Déjame hablar, y sabrás todo lo que puedo decirte por ahora. Venía á Madrid á buscar en tu compañía alivio á mi tristeza, cuando la casualidad me deparó en el cuarto que me destinaron en la fonda de Ecija un *Libro de Memorias*. Era una especie de *Diario*, en el que un joven anotaba sus impresiones y sus deseos. Comencé á leer aquellas páginas, y su lectura me reveló que la mano que habia trazado aquellas líneas obedecía á un corazon privilegiado.

— ¿Y era ese joven?

— Sí.

— Pero ¿hablaste con él?

— No; me hospedaron en el cuarto que él ocupaba, y me enteré por el libro de su pobreza... Estaba detenido en la fonda por carecer completamente de recursos para pagar su hospedaje, y ansiaba venir á Madrid para dar alas á su ambicion de gloria. Es un artista que dominará al público, porque el genio brilla en su frente. Enterada de su situacion, me propuse auxiliarme en su empresa, realizar todos mis deseos, y para no olvidar, ninguno le arrebaté su *Libro de Memorias*.

— ¿Y era ese joven?

— Sí.

— Pero ¿hablaste con él?

— No; me hospedaron en el cuarto que él ocupaba, y me enteré por el libro de su pobreza... Estaba detenido en la fonda por carecer completamente de recursos para pagar su hospedaje, y ansiaba venir á Madrid para dar alas á su ambicion de gloria. Es un artista que dominará al público, porque el genio brilla en su frente. Enterada de su situacion, me propuse auxiliarme en su empresa, realizar todos mis deseos, y para no olvidar, ninguno le arrebaté su *Libro de Memorias*.

(Se continuará.)

El almirante Rigault de Genouilly.

El almirante Rigault de Genouilly ha muerto en Paris el 4 de mayo de 1873. Nació en Rochefort el 12 de abril de 1807. Desde sus primeros años, su padre, ingeniero distinguido de marina, le destinó á la carrera marítima, y en 1827 ya habia salido de la Escuela politécnica con el título de aspirante, y embarcado despues en la fragata la *Fleur-de-lys*, mandada por el capitán Lalande.

Nombrado alférez de navío el 10 de febrero de 1830, Rigault asistió á todas las operaciones marítimas de aquella época. Cuando la toma de Argel, montaba el *Breslau*, y en 1837 se trasladó al *Suffren*, que llevaba la insignia del almirante Roussin, tomando parte en el brillante combate que dió por resultado forzar la entrada del Tajo, y apoderarse de Lisboa. El año siguiente se embarcó en el *Artémise*, mandado por el capitán de navío Gallois, distinguiéndose en la expe-



El almirante Rigault de Genouilly.

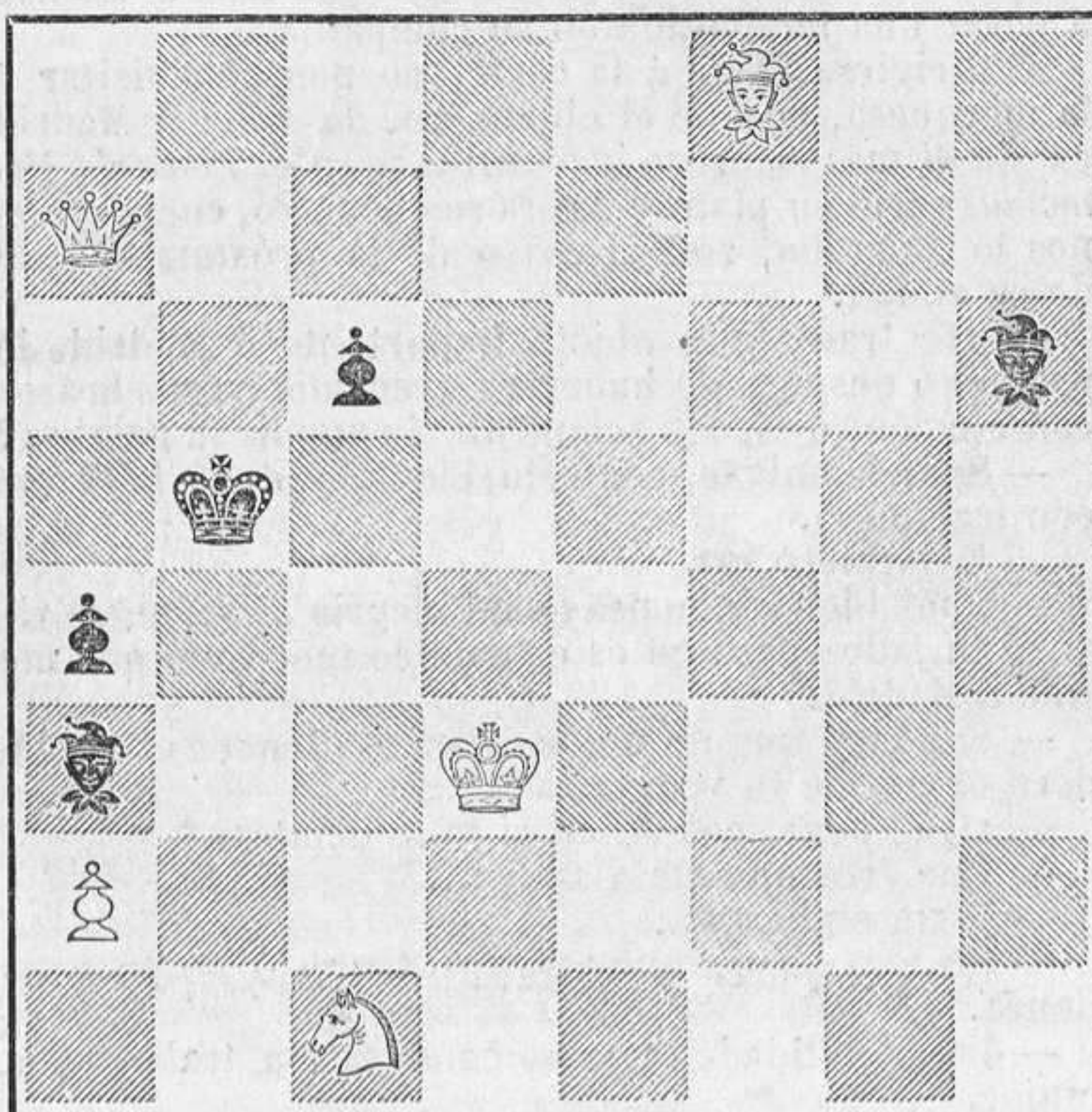
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 377.

- | | | | | | | |
|---|---|----------------|-----------------|-------------|----------------|---|
| 1 | A | 3 ^a | TR ^a | R | toma | C |
| 2 | C | 6 ^a | R ^a | R | 4 ^a | R |
| 3 | A | 2 ^a | CR ^a | jaque-mate. | | |

PROBLEMA NÚMERO 378, POR M. R. B. WORMALD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

dicion tan atrevida del desembarco y de la ocupacion de Ancona, y cuyo hecho de armas le valió la cruz de caballero de la Legion de Honor. Por último, cuando la guerra con la Holanda, se encontraba en la escuadra de las Dunas, en la *Junon*, cuando la toma de Anvers.

Teniente de navío en 1834, se embarcó en el *Hercule*, bajo las órdenes de M. Casy, y en 1841 fué ascendido á capitán de fragata.

Llamado en 1843 al mando de la corbeta la *Victorieuse*, formó parte de la division de la Indo-China, bajo las órdenes de los contra-almirantes Cecille y Lapiere; entonces tomó parte en el combate de Basilau y el ataque de Tourane, siguiéndose despues la destruccion de la flotilla anamita. El 10 de agosto de 1847, los dos navíos la *Gloire* y la *Victorieuse*, navegando por el archipiélago de Corea, naufragaron al mismo tiempo, salvándose ambas tripulaciones; y despues del fallo del consejo de guerra, el enérgico comandante de la *Victorieuse* fué promovido al grado de capitán de navío el 22 de julio de 1848.

Desde 1849 á 1851, Rigault de Genouilly formó parte de la estacion de Levante en la fragata el *Vauban*, y el año siguiente fué llamado para mandar el *Charlemagne*, el primer buque de hélice de la marina francesa.

Cuando la guerra con Rusia hizo necesario el envio de una flota al mar Negro, Rigault de Genouilly tomó el mando de la *Ville-de-Paris*, y fué capitán de pabellon del almirante Hamelin. Despues del desembarco en Crimea fué designado para mandar un cuerpo de marinos que debia cooperar en tierra al sitio de Sebastopol, tomando una parte activa en todas las operaciones, hasta la rendicion de la plaza.

Firmada la paz, el contra-almirante Rigault de Genouilly fué elegido para mandar la division de la Indo-China. Desde 1857 á 1859 realizó diversos hechos de guerra, tanto mas meritorios cuanto que se ejecutaron sin los auxilios de la Metrópoli. En 1858 se apoderó de Canton y de los fuertes de Peipo y de Tien-tsin. Nombrado vice-almirante el 9 de agosto de 1858, marchó á la India y ataca á Tourane; despues sube el Cambodge y se apodera de Saigon, cuya conquista fué el origen de los establecimientos franceses en Cochinchina.

A su regreso á Francia, el vice-almirante Rigault de Genouilly entró en el Senado, en donde usó varias veces de la palabra; y despues de haber mandado desde 1861 á 1863 la escuadra del Mediterráneo, fué nombrado el 27 de enero de 1864 almirante de Francia.

La gran capacidad y los eminentes servicios del almirante Rigault merecieron que fuese designado en muchas ocasiones para formar parte del gabinete, hasta que el 20 de enero de 1867 fué llamado á ocupar este elevado cargo.

El almirante Rigault en la guerra con la Alemania trató de ponerse á la cabeza de las fuerzas navales destinadas á operar sobre las costas de la Alemania, y no ignorando que la marina prusiana no podia hacer frente á la escuadra francesa, trató de apoderarse de un puerto del litoral y proteger un cuerpo de desembarco; pero los repentinos desastres que sufrió el ejército le hizo abandonar este proyecto. Entonces la marina tuvo que concurrir en tierra á las operaciones militares, tomando una parte gloriosa en la defensa del territorio.

El 4 de setiembre de 1870 el almirante Rigault dejó el ministerio, pues su salud se hallaba ya muy alterada á consecuencia de sus largas campañas, y sucumbió en Paris el 4 de mayo, á las cuatro de la tarde. Sus exequias fueron celebradas por cuenta del Estado el 9 de mayo en la iglesia de los Inválidos, en medio de un gran concurso de oficiales del ejército y de la armada y de diferentes diputaciones oficiales.

A. K.